
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
¡MATAD, MUERTOS, MATAD!
BURTON HARE

«Ruark se encaminó a la entrada principal atravesando el sombrío vestíbulo. Tuvo algunas dificultades para girar la llave que su compañero había insertado por la parte interior.

Cuando al fin lo consiguió, abrió la puerta dispuesto a despedir con cajas destempladas al inoportuno visitante.

Sólo que cuando lo vio por poco no se cayó de espaldas y se quedó sin habla».



Burton Hare

¡Matad, muertos, matad!

Bolsilibros: Selección Terror - 142

ePub r1.2
xico_weno 02.09.16

Título original: *¡Matad, Muertos, Matad!*
Burton Hare, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Las ruedas del coche chapotearon en el barro de la curva y el hombre que conducía soltó una sarta de juramentos que para su repertorio hubiera querido un sargento de infantería.

Su compañero parpadeó, despertando sobresaltado.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

El acento de los dos hombres no podía decirse que fuera ciertamente cultivado. El West Side de Nueva York no les había proporcionado muchas oportunidades de refinar su lenguaje. Aunque es muy dudoso que, en caso de habérselas proporcionado, Harry Mortley y Johnny Ruark las hubiesen aprovechado.

—Nada, este infame camino —mascullló Mortley—. Yo creía que los ingleses eran impecables hasta en sus carreteras. Ya es bastante malo tener que conducir por la izquierda.

Ruark se enderezó y dio un vistazo por la ventanilla.

—¿Falta mucho aún? —indagó.

—Poco…, pero el camino es un asco. Barro, curvas y niebla.

—¿Quieres que conduzca yo?

—¿Para qué? Quien conoce el camino soy yo. Aunque sólo estuve una vez, con el vendedor, y entonces condujo él, naturalmente.

Ruark volvió a acomodarse y cerró los ojos.

El camino comenzó a ascender por una empinada ladera. Bosques sombríos se alzaban a ambos lados, cerrando toda perspectiva más allá de los árboles. Una luz fría, grisácea, parecía flotar como suspendida en una atmósfera invernal que se volvía más desapacible a medida que el camino cobraba altura.

De pronto, sin abrir los ojos, Ruark dijo:

—Creo que fue una buena idea la de Luke.

—¿Qué?

—¿En qué estás pensando? Decía que fue una buena idea esa de comprar esa barraca en Inglaterra y ocultarnos aquí durante un tiempo, junto con el dinero.

—Siempre que nadie se pase de listo —refunfuñó Mortley. Luego añadió—: Y no se trata de ninguna barraca. Es casi un castillo medieval.

Ruark abrió los ojos, asombrado.

—¿Un castillo? Nunca me dijiste que lo fuera.

—Es parte de un castillo, la parte de él que se mantiene en pie y resulta habitable.

—¡Maldita sea! No me digas que hemos comprado un montón de ruinas. El hijo de mi madre quiere dormir en una cama y en una habitación caliente. ¿Entiendes lo que te digo?

Harry Mortley soltó una obscenidad.

—Tendrás tu cama —refunfuñó—. El castillo está en buen estado. Hay chimeneas en todos los cuartos, leña abundante y han restaurado las dependencias que vamos a necesitar para vivir. ¿Qué más quieres? Por otra parte, está enclavado en la cima de un crestón de pura roca, una de cuyas, caras da al mar. Una lancha ligera puede amarrar entre los roquedales que hay al pie del farallón y eso era lo principal del lugar que buscábamos. ¿O no?

—Está bien, confío en tu palabra. Oye, ¿no habrá también un fantasma inglés en ese castillo?

Mortley soltó una bronca risa.

—Afortunadamente, no. Si lo hubiera nos habrían pedido el doble del precio que pagamos.

Callaron, porque el empinado camino forestal no era como para distraerse conduciendo. Luego, bruscamente, el camino coronó la cuesta y se abrió ante sus ojos un paisaje que a Ruark le sobrecogió.

Mortley anunció:

—Ahí está. ¿Qué te parece?

Ruark no respondió porque toda su atención estaba fija en lo que veían sus ojos.

Sobre un escarpado risco se alzaban los torreones y los muros pétreos de una fortaleza medieval. Torreones y muros estaban semiderruidos y parecían formar parte de la misma roca sobre la que se asentaban.

—Pero, bueno —exclamó—. ¿Alguien puede vivir ahí?

—Espera a verlo… Ésta es la parte en ruinas. Contiene la capilla y una cripta funeraria o algo así, que es donde enterraban a los nobles propietarios del lugar, según explicó el vendedor. No parecía entusiasmado por dar detalles de esta parte. Más allá de lo que ves está la parte habitable. En realidad, forma un edificio independiente por sí mismo, tal como está en la actualidad. Además, es el que da la cara al mar.

A la luz de un sol turbio y sin calor que a duras penas se abría paso entre la bruma húmeda que subía del mar, Ruark no se cansaba de contemplar el extraño, salvaje y sombrío paraje.

—Un lugar así debería tener su fantasma propio —refunfuñó—. Sería sensacional poderlo contar después a los chicos de Nueva York.

—Te romperían los dientes creyendo que les tomabas el pelo.

El coche enfiló el último recodo, y tras él, ya en la cumbre, rodó por una explanada de roca viva.

Al fondo, cerrando la visión del mar, se alzaba un sólido y compacto bloque de piedra que en sus buenos tiempos debió formar parte del ala noble del castillo.

Cuando los dos hampones americanos lo contemplaron, había sido restaurado, modificándolo lo justo para hacerlo habitable.

Los ventanales oscuros salpicaban los muros de forma irregular y caprichosa, delatando la complicada distribución interior y sus numerosos planos y altibajos.

La pesada puerta era de gruesos maderos cuyas uniones acusaban el paso del tiempo.

Grandes clavos con cabeza trabajada salpicaban los maderos como puesto a voleo.

Cuando estuvieron más cerca, Ruark soltó u complicado juramento al advertir que los adornos de los clavos eran herrumbrosas calaveras toscamente labradas.

Mortley había apagado el motor al pie de los siete anchos peldaños de la entrada. Cada uno de ellos estaba formado por una sola piedra que debía pesar una tonelada, a juzgar por su tamaño.

—¿Qué te parece?

—Indecente.

—¿Qué?

—Éste no es un sitio decente para vivir.

—Pudiste haber elegido el Hilton. Hubieras estado más cómodo y los polizontes te habrían localizado con toda facilidad.

—No me gusta —insistió Ruark, mirando en torno con evidente desconfianza—. Siento como si todo esto fuera a desvanecerse en cualquier instante engullido por la niebla.

—Pues sí que son paredes frágiles como para desvanecerse… Echa un vistazo por la esquina, allí, y luego habla.

Johnny Ruark se alejó hacia el lugar indicado. Dobló la esquina y abruptamente se encontró en una suerte de rústico mirador, al pie del cual se estrellaban la olas. Los blancos crespones de espuma estallaban contra las rocas y estaban a tal profundidad que su fragor apenas llegaba a tamaña altura.

Era una visión impresionante, de todos modos. Algo intacto, salvaje, como si de repente hubieran retrocedido en el espacio y el tiempo para volver a una época muerta de la que él no tenía la menor idea.

La luz pálida, invernal; la bruma que flotaba como un sudario, aquellos tonos sombríos entre la tierra y el mar inquieto… Todo resultaba nuevo para Ruark, hombre que jamás saliera del asfalto de las calles de Nueva York.

Asomándose por el mirador trató de ver el pie del acantilado, pero la bruma se lo impidió. Sólo los estallidos de las olas y su blanca espuma lograban romper un poco la extraña perspectiva.

Volvió atrás, preocupado.

—Dijiste que una lancha podría amarrar ahí abajo —gruñó al llegar junto a su socio—. ¿Estás seguro que no se hará astillas contra las rocas?

—Examiné el lugar pulgada a pulgada. Hay un esbozo de embarcadero y una escalera labrada en la roca. Los peldaños son resbaladizos como el demonio y hay que andar con tiento para no romperse la crisma, pero se puede subir y bajar fácilmente. Luke no encontrará dificultad alguna cuando llegue.

—¿Dónde está esa escalera?

—Al otro lado del mirador, junto a una poterna de hierro que comunica con la cocina y el sótano.

—¿Sótano?

—Está vacío y rezuma humedad. No nos servirá para nada.

Harry Mortley arrojó el cigarrillo que estaba fumando y sacó un

manojo de llaves, explicando:

—Excepto la puerta principal, todas las demás poseen cerraduras modernas tipo Yale.

La de ese portón la han conservado para no desentonar de la decoración, supongo. Mira esto.

Tendió una gruesa llave de hierro y Ruark la sopesó, estupefacto.

Era la primera semejante que veía en su vida.

—¡Cuernos! —exclamó—. Pesa más esta llave que toda una puerta moderna de las que instalan en los apartamentos de alquiler, en Nueva York.

—Ahora estamos en Inglaterra, viejo —cacareó Mortley, introduciendo la llave en la cerradura—. Aunque viendo este paisaje y este lugar, más bien parece que nos hayamos trasladado a otro mundo.

La llave chirrió violentamente y la puerta giró con un gruñido. La luz pálida penetró tímidamente en un amplio vestíbulo. Los bloques de piedra labrada que formaban las paredes habían sido oscurecidos por el paso de los siglos, y ese mismo tiempo parecían contar los viejos muebles y los tapices que colgaban aquí y allá, sosteniendo más de una telaraña que oscilaba ante la entrada del aire frío del exterior.

—¡Brrr! —masculló Ruark—. Esto serviría como escenario para una película de miedo…

Fíjate, hasta armaduras tenemos.

—Ya las vi cuando estuve aquí.

La puerta se cerró con un golpe siniestro sumiéndoles en penumbra. Los cristales de un inmenso ventanal estaban cubiertos de polvo y apenas dejaban entrar la luz exterior.

Las dos armaduras montaban guardia al pie de la regia escalinata noble, que formando un pesado arco, se encaramaba al piso superior.

—Hay un grupo electrógeno atrás que proporciona energía suficiente para la luz. El agua caliente funciona mediante una caldera de carbón o leña —dijo Mortley, internándose por el vestíbulo. Abrió una puerta y anunció—: La biblioteca, muchacho.

—¿La qué?

—Biblioteca. ¿Es que ni siquiera sabes leer?

—Lo mismo que tú —rió el aludido—. Apenas nada.

—De cualquier modo, no te preocupes. No hay un solo libro, pero le llaman biblioteca porque en un tiempo sí los hubo.

Ruark atisbo desde la puerta. La estancia era inmensa, con paredes tan pétreas como las del vestíbulo. Quedaban aún algunas viejas estanterías que sólo contenían polvo, una gran mesa de madera negra, sillones de madera y cuero, un candelabro y varias arañas de cristal que colgaban del techo cubiertas con fundas de tela blanca, y una panoplia conteniendo armas medievales.

—Aquí vamos a vivir tranquilos todo el tiempo que queramos. Ni las ratas subirán jamás a importunar, mucho menos los pies planos.

La voz de Mortley se extinguió súbitamente cuando resonaron los rotundos aldabonazos en la puerta.

Los dos gangsters americanos dieron un respingo, mirándose con estupor.

—¿Oíste eso? —graznó Mortley.

—Conque ni las ratas, ¿eh?

Ruark se encaminó a la entrada principal atravesando el sombrío vestíbulo. Tuvo algunas dificultades para girar la llave que su compañero había insertado por la parte interior.

Cuando al fin lo consiguió, abrió la puerta dispuesto a despedir con cajas destempladas al inoportuno visitante.

Sólo que cuando lo vio por poco no se cayó de espaldas y se quedó sin habla.

CAPÍTULO II

El visitante era casi un enano vestido con toscas ropas campesinas. La joroba que le deformaba no era lo más inquietante de su presencia, sino su único ojo, enorme, de negra pupila que chispeaba con inusitada inteligencia. Su otro ojo no era más que unos párpados arrugados y unidos cerrando la oquedad vacía donde en otro tiempo debió chispear la pupila gemela de la que ahora examinaba a Ruark con inquietante fijeza.

Parecía fornido, a pesar de su deformidad. Tenía grandes manos, y los brazos, bajo las mangas de la primitiva zamarra que vestía, se adivinaban gruesos y musculosos.

Ruark tragó saliva. Oyó los pasos de Mortley acercándose, y su ahogada exclamación de estupor cuando vio al desconocido.

Éste rompió el silencio.

—Me llamo Groos —dijo.

Calló como si eso lo explicara todo.

—¿Y qué? —graznó Mortley.

—Me dijeron que alguien había comprado el castillo.

Tenía una voz ronca, profunda. Una voz que tampoco casaba con su aspecto zafio y primitivo.

—¿Y qué? —repitió el gángster de Nueva York.

—Me dije que necesitarían alguien para que les sirviera. Hago toda clase de trabajos, ¿saben? Desde pastor hasta guía en los pantanos. Conozco todas las trochas.

—¿Pretende decir que quiere que le empleemos? —se asombró Ruark.

—¿Por qué no? Ya serví un tiempo en este lugar… cuando lo acomodaron y reformaron hace años. Entonces ya intentaron venderlo, pero nadie lo compró y tuve que marcharme.

—Contrataremos a un par de mujeres de la aldea. Sé que hay

una aldea a menos de cinco millas de aquí.

El jorobado sacudió la cabeza.

—Ninguna aceptará venir al castillo.

—¿Por qué no?

—Nadie de por aquí pasaría jamás la noche ahí dentro, ni hombre ni mujer. Sólo yo, Groos.

—No comprendo por qué…

—Miedo. Tienen miedo. Especialmente las mujeres.

Ruark dio un respingo y emitió un juramento.

—¡Fantasmas! —exclamó—. Que me cuelguen si no tienen miedo de los fantasmas.

Groos le miró y su único ojo parecía arder de pronto con una súbita llama.

—No son fantasmas, señor. Pero tienen miedo. Nadie se contratará con ustedes, por mucho que les paguen. Yo, sí.

Mortley pensó que eso resultaba lógico. Si un fantasma tropezaba con aquel pequeño monstruo, se llevaría tal susto que perdería basta la sábana.

—Me sorprende que haya llegado usted tan a punto —dijo, con su habitual desconfianza—. Cualquiera diría que estaba esperándonos.

—Esperaba.

—¿Cómo?

—Todos los días. Caminaba hasta aquí, daba un vistazo. No había nadie y me volvía. Al día siguiente, otra vez. No había nadie. Yo me volvía a casa. Tengo una casa, ¿saben?

—Qué duda cabe…

—¿Me contratan?

Los dos hombres se miraron, perplejos.

Al fin, Ruark gruñó:

—Estamos esperando un amigo. Habría que consultarlo con él, en todo caso. ¿Qué opinas, Harry?

Mortley se encogió de hombros.

—Se me ocurre qué necesitaremos a alguien.

—Nadie vendrá —repitió el contrahecho enano.

Ladeaba la cabeza para mirarles desde su ridícula estatura, enfocando su único ojo hacia las alturas, sobre las caras de aquellos americanos que a su lado parecían dos gigantes.

—Concretamente —refunfuñó Mortley—. ¿De qué cuernos tienen miedo las mujeres del pueblo?

—De los muertos.

—¿Muertos? —graznó Ruark.

—¿Qué muertos? —estalló Mortley, empezando a perder la paciencia.

—Están enterrados aquí, en alguna parte.

No pareció dispuesto a dar más explicaciones. Ruark estaba desconcertado y casi deseaba que el enano les contara alguna truculenta historia. Él podía contarlas mucho más sangrientas sin necesidad de adornarlas con supersticiones de ninguna clase.

De nuevo, los americanos se quedaron perplejos.

—Eso son idioteces —refunfuñó Mortley—. ¿Cuánto quiere cobrar por trabajar para nosotros?

—Lo que les parezca justo. Necesito trabajar. Ahora no es temporada de caza.

De nuevo, los americanos se quedaron perplejos.

—¿Qué infiernos tiene que ver la caza con nosotros?

—Nada. Durante la temporada de caza me contrato como guía, en los pantanos. Eso es todo.

—¿Dónde están esos pantanos?

—A dos millas de aquí, poco más o menos, hacia el norte. Son traicioneros si no se les conoce.

—Bueno… Yo creo que deberíamos probar —dijo Mortley—. ¿Qué te parece, Johnny?

Ruark se encogió de hombros.

—Por mí que se quede.

—¿Conoce usted el funcionamiento del grupo electrógeno?

El enano asintió.

—Lo vi instalar. Sé manejarlo.

—Demuéstrelo. Si es cierto, queda contratado.

—No se arrepentirán. Recuerden… Me llamo Groos.

Pasó entre ellos y caminaba a saltitos, como un pájaro. En un instante hubo desaparecido en las entrañas del castillo.

Ruark cerró la puerta. Miró a su socio y con una mueca dijo:

—¿Tú crees que es de carne y hueso, o se trata del fantasma inglés?

—Yo no creo que los fantasmas sean tan espantosos.

Se echaron a reír y ambos regresaron hacia el interior.

Ruark se detuvo al pie de una armadura. Le sobrepasaba casi toda la cabeza, y él medía seis pies y una pulgada. Entre las manoplas de hierro, la armadura sostenía una gigantesca espada de dos filos que por su apariencia debía tener un peso fuera de lo común.

—Oye —gruñó—. ¿Tú crees que aquellos fulanos podían manejar esas espadas?

—Claro.

—Ahora nadie podría levantarla siquiera.

—¿Y para qué habría nadie de pelear con ese trasto, teniendo buenos 45?

—Olvídalo. ¿Dónde vamos a dormir?

—Arriba.

Los dormitorios eran tan sombríos como el resto de lo que llevaban visto. Grandes, fríos e inhóspitos, contaban con grandes chimeneas, camas con dosel, ventanales de cristales opacos por el polvo, sillas de remota procedencia y unas oquedades en los muros cubiertas por cortinajes que servían de armarios, según calculó Ruark, tras examinar su aposento.

—Eso está más frío que el Bowery en diciembre —refunfuñó.

—Tienes un sirviente. Mándale que encienda el fuego.

—Ya puedes jurar que se lo ordenaré. ¿Sabes una cosa? En mi vida he dormido en una cama tan enorme. Uno debe sentirse perdido en ella, ¿no te parece?

—Tráete una chica y no te sentirás tan solo.

—Habrá que pensar en eso. Aunque dudo que aquí encontremos potrancas como las de allá. ¿Recuerdas a Angie?

—¿No era la rubia?

—Ajá. ¿Y Betty, te acuerdas de Betty?

Mortley se desentendió del tema al encenderse bruscamente la cristalina lámpara que colgaba del techo. La luz parpadeó unos instantes, amenazando con extinguirse, y luego cobró intensidad, afianzándose.

—¡Cuernos, lo consiguió! Nuestro fantasma no es ningún tonto, por lo menos.

—Se llama Groos —le recordó su compañero, riéndose—. No olvides su nombre o se enfadará.

Abandonaron el cuarto y cuando bajaban la escalera vieron aparecer a Groos frotándose las manos.

—¡Funciona! —anunció—. ¿Qué les parece?

—¡Magnífico! Ahora traiga leña para las chimeneas y enciéndalas. Esto está helado y la noche será aún peor.

—¿Qué dormitorios ocuparán ustedes?

—Los dos primeros, a la derecha. Oiga, ya que hablamos de eso, ¿dónde va a dormir usted, Groos?

—Abajo.

Mortley dio un respingo.

—¿En el sótano?

—Nada de sótano. Junto a la cocina. Hay habitaciones allí.

—Conoce usted mejor el castillo que nosotros, así que arréglese. Mañana iremos a la aldea a comprar provisiones, pero esta noche nos arreglaremos con algunos emparedados que tenemos en el equipaje.

—Primero, el fuego.

Y se fue otra vez.

Ruark suspiró.

—Esto merece un trago. Voy a por las botellas.

Salió fuera asombrándose de que hubiera oscurecido de un modo tan súbito. Volvió a entrar aterido de frío.

—¡Cuernos! —jadeó—. Hace un condenado frío allá fuera. Y ya es de noche.

—Pienso que hemos tenido mucha suerte al poder contar con nuestro enanito —murmulló Mortley—. Yo no recordaba una maldita cosa de las que me explicó el vendedor referente al grupo electrógeno.

—Pues hubiera sido toda una faena pasar la noche a oscuras en esta tumba.

—No hables de tumbas. Recuerda los muertos de que nos habló Groos. A lo mejor se molestan.

—Les invitaremos a un trago. —Ruark abrió la bolsa y sacó un par de botellas de *whisky*—. No tenemos vasos.

—El pequeñajo nos los traerá después. De momento, con descorcharlas sobra.

Bebieron directamente de las botellas. Mortley chascó la lengua aprobadoramente.

—Hay que reconocer que estos ingleses saben lo que es *whisky*.

Volvió a beber y su socio le imitó.

En alguna parte sonó un sordo crujido.

—¿Qué diablos fue eso? —exclamó Ruark, apartando el gollete de su boca.

—No lo sé.

—Pero se oyó claramente, ¿eh?

—Un crujido. También lo oí. Estas paredes deben tener algún movimiento de vez en cuando, digo yo.

—A ver si al final resultará que sí tenemos un fantasma incluido en el precio.

—No digas sandeces. Por nosotros y el botín, muchacho.

Volvió a beber.

Su cómplice masculló:

—Mejor no lo menciones. Groos podría oírte y empezar a hacer cábalas.

—No creo que… Bueno, de acuerdo.

Volvieron a beber.

Ninguno recordaba ya el extraño crujido que les había intrigado poco antes.

Olvidarlo fue su segundo error.

El primero había sido comprar el castillo.

CAPÍTULO III

El fuego crepitaba alegre en la gran chimenea del aposento que habían elegido como salón y comedor. Era tan desproporcionado como todo lo demás, pero contaba con grandes butacas que no tenían nada que ver con la época del resto de los muebles, más un diván y una mesa alargada, de madera de ébano, que ésta sí databa de la edad que pregonaba todo lo demás.

Sobre una mesa baja y sólida descansaban unas copas, paquetes de cigarrillos americanos, las botellas y los restos de los emparedados que habían consumido.

Repantigado en una butaca, Ruark murmuró, soñoliento:

—Cuando llegue Luke podremos hacer planes.

—Estoy pensando que no regresaré nunca más a Nueva York.

—¿No?

—Es sólo una idea, claro. Viajaré. Tal vez me quede en algún sitio cálido, donde nunca haga demasiado frío y luzca el sol… y haya hermosas mujeres y uno pueda divertirse en grande.

—Hay buenos ejemplares en cualquier parte, imagino.

—¿Ejemplares?

—Mujeres, quiero decir.

Johnny Ruark recostó la cabeza en el respaldo de la butaca. Tenía los ojos casi cerrados, soñoliento y satisfecho.

—De todos modos —murmuró—, no me gusta que sean demasiado complacientes, tú sabes… Me gusta domarías un poco.

Mortley hizo una mueca.

—Ya sé —gruñó—. Te metiste en muchos líos por esa manía tuya. Algo no debe funcionar como es debido en tu cabeza.

—Mi cabeza está perfectamente… Sólo se trata de que detesto que todo me lo den hecho, tratándose de mujeres…

—Estás quedándote dormido.

—Seguro…

Mortley encendió un cigarrillo.

Inesperadamente, un rotundo trueno sacudió los muros como si les hubieran descargado un tremebundo golpe. Ambos hombres dieron un respingo.

—¡Cuernos! —bufó Mortley—. ¡Una tormenta!

—Lo que faltaba…

Otro trueno retumbó, sonoro, bronco. Luego, el crepitar de la lluvia contra las cristaleras del ventanal. Cuando se volvieron, pudieron distinguir los brillantes chispazos de los relámpagos.

—Estamos muy altos aquí —monologó Mortley—. Las tormentas deben ser frecuentes.

—Creo que iré a acostarme. Estoy rendido.

—Espero que Groos haya encendido los fuegos, arriba.

—Seguro.

Ruark se levantó. Habían apagado la luz al acabar su frugal cena, de modo que sólo el resplandor de las llamas alumbraba la enorme estancia.

Se desperezó ruidosamente. La tempestad arreciaba allá fuera.

—Nos dan la bienvenida con toda la orquesta —refunfuñó, señalando el ventanal—. Te veré por la mañana.

Había dado dos pasos hacia la puerta, cuando Mortley ladró:

—¡Quieto ahí, no te muevas!

—¿Qué te pasa?

Mortley se había levantado y sostenía su pesada pistola automática en la mano.

—He oído algo ahí…, al fondo. Hay alguien más en esta sala. Enciende la luz, aprisa.

En dos saltos, Ruark estuvo junto a la pared y giró el interruptor.

La luz esparció su claridad hasta el último rincón.

No había nadie en ninguna parte.

Ruark gruñó:

—¿Dónde oíste eso?

—Allí…, por ese lado.

—No hay nadie. Ni ha tenido tiempo nadie de llegar a la puerta antes de que yo encendiera la luz. ¿Qué te pasa, empiezas a tener miedo también?

—Había alguien…, oí unos pasos y vi algo que se movía.

—Tonterías… Las sombras proyectadas por los relámpagos.

—O Groos, que estuviera espiándonos.

—¿Groos? Dijo que iba a acostarse hace más de una hora. Además, no pudo haber estado aquí. Para llegar a la puerta hubiera debido tropezar conmigo y yo le habría visto, Mortley miró la tremenda pistola que empuñaba como avergonzado de haberla sacado a relucir. La devolvió a su funda axilar y se rascó el cogote, intrigado.

—Yo hubiera jurado que había alguien más aquí, además de nosotros dos.

—Mira, no seas idiota. Si hubiese entrado alguien, no cabe duda que para salir hubiera debido hacerlo a través de la pared, así que olvídalo y vamos a acostarnos.

—Qué cosa más rara…

Vació el *whisky* que quedaba en su copa y volvió a mirar en tomo.

Un trueno retumbó con tremendo fragor en medio del sordo chapoteo de la lluvia.

—Hubiera jurado…

Calló ante la sarcástica mueca de su compinche. Sacudiendo la cabeza, se dirigió a la puerta, apagó la luz y los dos se dirigieron a sus aposentos.

Junto al muro del fondo de la sala, allí donde Mortley había creído percibir un rumor, un pequeño charco de agua quedó en el suelo de piedra…

Era como la huella que dejarían unos pies mojados por la lluvia.

CAPÍTULO IV

Le había costado dormirse. No porqué sintiera la menor aprensión por lo que había creído oír en el salón, ni porque el fragor de la tormenta le inquietara. Mortley era un hombre al que sólo era capaz de inquietar un polizonte de Nueva York o una automática del «45» apuntada a su barriga.

Era algo extraño que tal vez tuviera relación con el sinnúmero de ruidos inexplicables que el silencio nocturno parecía aumentar hasta el paroxismo. Leves crujidos; chirridos de alguna madera vieja y apolillada. El retumbar de la lluvia contra los cristales. Toda una amalgama que la tempestad multiplicaba desfigurándola, ampliándola hasta hacerla obsesionante.

Luego, se durmió y a pesar de las negras sombras de su conciencia, nada turbó su sueño hasta que Ruark le sacudió violentamente, casi sacándole de la enorme cama con dosel.

—¡Despierta, maldita sea!

Mortley dio un brinco y quedó sentado. Vio que estaban a oscuras y gruñó:

—¡Condenación! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Levántate.

—¿Por qué? Está lloviendo a mares, la chimenea está casi apagada y hace frío… ¿Qué tienes, has atrapado al fantasma o qué?

—Hay alguien abajo.

—¿Dónde?

—En la puerta… Me pareció escuchar los cascos de un caballo contra las piedras de la explanada y…

Mortley sintió tentaciones de sacudirle un puñetazo.

—¡Despertarme por una pesadilla! —rugió—. Cascos de caballo, la tempestad… ¿Qué más, no viste muertos levantándose de sus tumbas?

—¡Oí los cascos de un caballo! —insistió Ruark—. Fue en un momento en que los truenos cesaron… Luego, me pareció escuchar un aldabonazo en la puerta.

—Entonces baja y ábrela, pero déjame dormir en paz.

—No seas idiota, Harry. La policía rural ¿no utiliza caballos en Inglaterra?

—¿Crees que estás en la edad media? ¡Caballos!

Inesperadamente, un seco, rotundo aldabonazo retumbó allá abajo.

Ruark dio un respingo y Mortley sacó los pies de la cama.

—¿Qué dices ahora? —rezongó.

—Que alguien ha llamado… ¡Pero un caballo! Tú estás loco.

Buscó a tientas las zapatillas y se las puso. Luego tanteó en busca de la bata, mientras abajo las rotundas llamadas a la puerta se repetían, apremiantes, en medio del estruendo de la tormenta.

—¿Por qué no enciendes la luz, maldita sea? No encuentro la pistola…

—Groos detuvo el motor. Recuerda que nos lo dijo…

—¡Condenación! Hay velas en un candelabro… Las vi al acostarme.

Encendió una cerilla, y después las tres velas de un pesado candelabro de bronce. La pistola estaba caída entre las ropas amontonadas sobre un sillón de cuero.

La empuñó, soltando el seguro. Entonces se encontró que, con la bata encima del pijama, no tenía dónde ocultar la enorme automática.

—Mira, baja tú y yo te cubriré desde la escalera —decidió—. No puedo imaginar quién llama a estas horas, pero si se trata de un polizonte o algo así, lo tumbaré sin más.

—¿Y el jorobado? Hay que pensar en él.

—El pequeñajo será fácil de enterrar, si aparece cuando no debe. Vamos.

Salieron de la habitación, Ruark llevando el candelabro.

Antes que llegaran a la escalera oyeron las voces abajo. Voces de hombres y mujeres.

Se quedaron inmóviles, helados.

Mortley susurró:

—¿Qué infiernos está sucediendo aquí, Johnny?

—Maldito si lo sé. Groos debe haber abierto la puerta, supongo.

Cautelosamente, se deslizaron hasta el inicio de la escalera. La misma curva de ésta les impedía distinguir la puerta, y era junto a ella que sonaban las voces.

Distinguieron la de Groos. Luego la de otro hombre.

Ruark susurró:

—No me gusta eso… Nadie viaja en medio de una tormenta como ésta, y menos en este lugar.

—Nadie nos siguió cuando nos largamos de Nueva York. Nadie nos conoce ni sabe una palabra del botín y todo lo demás… Apaga esas velas.

Las apagó de un soplo. Abajo titilaba la luz de otras que apenas disipaban las tinieblas del inmenso vestíbulo.

Entonces oyeron claramente la voz de una mujer. Una voz melodiosa, suave.

Ruark suspiró.

—Tienes razón, nadie sabe nada de nosotros. Debemos comportarnos como caballeros.

—¿Caballeros?

—Bueno, gente educada. Es la manera de que no sospechen nada raro.

—Veremos.

De pronto, allá abajo, al pie de la escalinata, apareció Groos, alumbrándose con unas velas.

Los dos hombres retrocedieron.

—Yo bajaré —decidió Ruark de pronto—. A ver quiénes son.

Dejó a su socio armado con la pistola y el candelabro apagado y se adelantó al encuentro del jorobado.

Groos se detuvo cuando le vio descender.

—¿Qué sucede, Groos?

—Algo insólito, señor.

—Oí voces.

—Están abajo, señor. Dos señoras y un caballero. La tormenta les sorprendió cerca de los pantanos y se extraviaron… Dos de sus caballos se espantaron y huyeron, según cuentan.

—¿Caballos? De modo que era cierto que escuché los cascos de uno en las piedras…

—En él vinieron las señoras montadas, señor. Vieron humo en

las chimeneas del castillo y decidieron llamar.

Ruark llegó al vestíbulo envuelto en su rica bata de seda. Tanto uno como el otro se habían provisto de excelentes equipajes para ese viaje.

Las dos mujeres y el hombre esperaban cerca de la puerta. Les chorreaba el agua a mares de sus ropas empapadas. El hombre se mantenía erguido, pero las dos mujeres temblaban y estaban muy juntas, ateridas de frío.

El hombre se adelantó al verlo.

—Me llamo Conrad —dijo—. Lamento profundamente importunarle, pero…

—No necesita disculparse —dijo Ruark secamente en lo que creyó una excelente representación de un aristócrata—. Aquí hay sitio sobrado para ustedes. Podrán secarse junto al fuego y…

De pronto se encontró sin saber qué más añadir. Su limitado vocabulario no daba para más.

Por otra parte, acababa de ver con más detalle a las dos recién llegadas y la garganta se le secó de golpe.

Una tendría alrededor de treinta años, era alta y de cuerpo sinuoso y provocativo.

Vestía una blusa y un suéter, pantalones ajustados y botas de montar.

Era una belleza excitante, sofisticada a pesar de su apariencia empapada. Los largos cabellos rubios se le pegaban, lacios, a ambos lados de su cara perfecta, altanera, de labios sensuales y ojos voraces.

Pero la que dejó a Ruark tan malparado como si acabara de recibir un mazazo en la nuca fue la otra.

Groos dijo en aquel instante:

—Traeré más leña al comedor, si le parece bien, señor.

—¿Eh? Oh, sí, claro. Y ponga en marcha el generador… Las velas es una iluminación… este… romántica, pero muy incómoda.

El jorobado desapareció y él levantó el candelabro que le dejara el enano y señaló la puerta que conducía al salón comedor.

Apenas podía apartar la mirada de la muchacha.

—Entren ahí… Debe quedar algo de fuego todavía…

La mujer mayor pasó delante y el joven le abrió la puerta, cediéndole el paso. Ruark siguió a la muchacha sintiendo vibrar y

encenderse todas sus bajas pasiones.

Era joven, apenas veinte años. Alta y cimbreante, con un cabello muy negro que se desplomaba chorreando sobre su espalda, su alto cuello de cisne sostenía la cabeza más perfecta que el rufián recordaba haber visto en todos los días de su vida. Jamás antes viera unos labios tan suaves, tan poderosamente atractivos, ni unos ojos profundos y limpios como aquéllos, enmarcados por unas facciones tan bellas que casi resultaban irreales.

Era una belleza completa, pura, con un cuerpo esbelto de duros y atrevidos senos y cintura que parecía poder abarcarse con una sola mano. Las largas piernas estaban enfundadas en unos pantalones de montar embutidos en altas botas de cuero embarrado. Tenía la gracia alada de una bailarina de *ballet* y sus caderas se movían con increíble cadencia.

Ruark estaba deslumbrado, mudo de asombro. No recordaba que jamás antes hubiera sentido la oleada de innoble deseo que le sacudía de la cabeza a los pies.

Los recién llegados se apresuraron hacia la chimenea, donde aún brillaban las brasas del fuego. La estancia estaba caldeada y las mujeres parecieron revivir paulatinamente.

Tras no pocos carraspeos, Ruark se fijó en el hombre.

—Habrán de disculparnos —tartamudeó—. Pero nos instalamos aquí a última hora de la tarde y carecemos de casi todo.

El hombre se volvió. Era alto, de cuerpo elástico y fuerte. Daba la sensación de ser un asiduo deportista. Contaría alrededor de treinta años o poco menos y su rostro tenía ese color moreno y curtido que no se adquiere en las playas de moda.

—No se preocupe por nosotros, señor…

—Ruark, John Ruark.

—Señor Ruark. Lo más importante sí lo tiene usted… Calor.

Señaló la chimenea y sonrió.

Ruark le detestó instantáneamente. Era demasiado bien parecido, demasiado buen tipo. Y escoltaba a las dos mujeres más bellas que viera en su vida.

Groos apareció con un cesto de mimbre repleto de leña seca. Un minuto después, el fuego crepitaba alegremente, esparciendo un profundo y vivificante calor.

—Traiga unas copas para estos amigos, Groos —dijo Ruark—. Y

avise a Harry Mortley. Debe estar vistiéndose.

Por primera vez oyó la voz de una mujer dirigiéndose a él.

Era la mayor, y era una voz profunda y cálida.

—Estamos causándoles muchas molestias, señor Ruark… Fue una estupidez por nuestra parte extraviarnos de ese modo en los pantanos.

—Eso fue una suerte para nosotros, señorita —replicó el gángster, orgulloso de su ocurrencia, que se le antojó perfecta—. Así, hemos podido conocerlas…

—Demasiado amable por su parte…

—Haremos lo que esté en nuestra mano, ya lo verá. Incluso quizá podamos proporcionarles ropas secas para poder cambiarse.

Sus ojos se iban solos hacia la bellísima muchacha.

El joven que se había presentado a sí mismo, dijo entonces:

—Creo que en estas circunstancias, habré de efectuar yo las presentaciones, señor Ruark. Ya le dije que mi nombre es Conrad, Frank Conrad. Ellas son Ada Algren y Verónica Olivier.

—Somos primas —aclaró la mayor, Verónica—. Ignoraba que alguien hubiera adquirido el castillo, señor Ruark. En la comarca se cruzaron apuestas, hace tiempo, respecto a eso.

—¿Qué, cómo?

—Apuestas sobre que nadie lo compraría jamás. Claro que eso fue hace años, cuando se restauró.

—Me gustará saber por qué este lugar tiene tan mala fama. Al parecer, las gentes de la aldea próxima tienen miedo del castillo.

Las luces parpadearon entonces hasta afianzarse. En el mismo instante, la muchacha dejó escapar una exclamación y todos se volvieron a mirarla.

Frank Conrad dijo:

—¿Qué te pasa, linda?

—Creí ver a alguien cerca de la puerta, en el vestíbulo.

—Harry, tal vez —dijo Ruark.

—¿Es viejo ese señor?

—¿Harry? ¡Caray, no!

—Me pareció un anciano pero fue sólo un instante. Debo estar equivocada.

—Lo que estás es agotada, querida —dijo Conrad—. Mira, siéntate ahí, pegada al fuego. Te reanimará.

Groos reapareció cargado con una bandeja y copas. Las botellas estaban aún sobre la mesa y Ruark se encargó de llenar las copas hasta los bordes.

Groos se retiró, cruzándose en la puerta con Harry Mortley, vestido completamente.

Esta vez, Ruark hizo las presentaciones, esforzándose por representar el papel que él mismo se había asignado.

Mortley no estaba para perder tiempo.

—Es increíble que salieran a cabalgar con este tiempo —comentó sin rodeos.

—Cuando salimos, el tiempo no era malo. Luego, la tormenta estalló súbitamente y nos sorprendió cerca de los pantanos. Los caballos se espantaron y nos extraviamos, tratando de alcanzarlos. Sólo pudimos encontrar a uno de los animales y cuando volvimos a localizar el camino, estábamos cerca del castillo, con el agua cayendo a mares. Ver el humo en las chimeneas fue la mayor alegría que nadie podía darnos en nuestra situación.

—Ya veo… ¿Viven ustedes en estos alrededores?

—Al otro lado de los pantanos, en Algren Manor. Mejor dicho, allí viven Ada y Verónica temporalmente, hasta que regresen a Londres.

Frank Conrad aceptó el cigarrillo que Mortley le ofrecía. Las dos mujeres renunciaron a fumar, pero no a su copa. El *whisky* y el fuego les devolvían el calor y la vitalidad.

Ruark aventuró:

—Será mejor que se queden a pasar la noche aquí… La tormenta no parece que vaya a amainar por el momento. Por la mañana podremos llevarles con el coche a donde deseen.

—Temo que seamos un trastorno excesivo para ustedes…

Mortley esbozó un gesto vago con la mano.

—Acabamos de llegar, de modo que casi podemos considerarnos tan forasteros en el castillo como ustedes.

—Se me ocurre que tal vez algunas de nuestras ropas podrían servirles, a fin de que se secaran las suyas.

Ruark estaba mirando a Ada Algren al hablar. En realidad, no veía otra cosa que la muchacha. La imaginaba envuelta en prendas íntimas y la sangre le alborotaba el cuerpo como una marea.

—Gracias, estando cerca del fuego, eso no será necesario. Yo ya

casi tengo los pies secos…

Verónica sonrió y apuró la copa de *whisky*.

Hubo unos instantes de silencio, hasta que Groos volvió a aparecer llamando discretamente a la puerta.

Desde allí, dijo:

—Me he tomado la libertad de llevar el caballo al cobertizo que hay detrás del muro posterior. Allí está a cubierto por lo menos.

Conrad exclamó:

—¡Se lo agradezco mucho! El pobre animal ha pasado por muy malos tragos.

Groos murmuró algo y se fue, cerrando las puertas.

Mortley gruñó:

—No es uno de sus mayordomos ingleses, pero es lo mejor que pudimos encontrar. Por lo visto, las gentes de aquí no quieren ni acercarse al castillo…, supongo que por alguna de esas estúpidas supersticiones.

Verónica Olivier sonrió al hablar.

—La culpa es de una vieja leyenda. Bueno, y de algunos hechos inexplicables que han tenido lugar en estos alrededores a lo largo del tiempo…

—Me encantaría escuchar esa leyenda —dijo Conrad—. Las hay muy chocantes en estas regiones tan apartadas.

—¿Nunca oíste hablar del conde de Longstreet y sus guerreros, querido?

La voz de Verónica sonó extrañamente suave, casi acariciante, al dirigirse al apuesto Conrad.

—Pues, no…, nunca nadie me habló de nada semejante en mis visitas a Algren Manor.

—Es muy interesante —rió la hermosa rubia.

—Es nauseabunda —exclamó Ada, estremeciéndose.

—Me parece cada vez más interesante. —Ruark se volvió a su compinche—. ¿No crees, Harry?

Éste sólo gruñó entre dientes. Su mirada apagada, de reptil, examinaba a las dos bellísimas mujeres. Le gustaban, como le habrían gustado a cualquiera. Pero Harry Mortley jamás había perdido la cabeza por una mujer.

No obstante, empezaba a preocuparse al advertir la manera como Ruark devoraba con la mirada a la más joven de las dos

forasteras. En ese aspecto de su personalidad, Ruark era imprevisible.

Y juzgando por el sólido aspecto de Conrad, éste no era hombre capaz de admitir la menor libertad con sus dos amigas.

¿O era algo más que el amigo de una de ellas?

Eso no le importaba demasiado. Pero sí que Ruark provocara cualquier escena que les comprometiera.

Frank. Conrad se repantigó en su butaca, extendiendo sus largas piernas hacia el fuego.

—Cuéntanos, Verónica —pidió—. Estoy seguro que a estos caballeros les interesará conocer las leyendas que adornan su castillo.

—No creo que sea éste el momento… Tal vez prefieran retirarse. Nosotros podemos quedarnos aquí, junto a la lumbre, sin que ustedes necesiten perder la noche también.

—¡De ninguna manera! —exclamó Ruark—. Hay dormitorios suficientes en el castillo para alojar una compañía de infantería con todos sus pertrechos… Groos se ocupará de encender el fuego y preparar las camas.

Conrad se disponía a protestar cuando de nuevo se escuchó el sonoro y pétreo crujido que ya alarmara una vez a los flamantes propietarios de la fortaleza.

Conrad aguzó el oído.

Ruark y Mortley cambiaron una mirada y Verónica exclamó:

—¡Caramba! ¿Qué es eso?

—No lo sé…, el crujido de algún viejo muro, supongo yo. ¿No es lo mismo que ya escuchamos una vez tú y yo, Johnny?

—Seguro.

—De cualquier modo, produce escalofríos —murmuró Ada, las manos tendidas hacia la lumbre.

Frank Conrad rió entre dientes.

—Y eso que Verónica aún no nos ha contado la vieja leyenda…

—No importa. Yo también la conozco —murmuró la joven—. Es nauseabunda, tal como dije antes.

—Entre las dos, habéis conseguido excitar mi curiosidad, querida —dijo Conrad—. ¿Es que nadie va a relatarnos esa vieja historia?

Ada esbozó un gesto de impaciencia.

—Por favor, Frank; no deseo seguir hablando de eso.

—Está bien, está bien, disculpa mi curiosidad.

Mortley se acercó a la puerta y llamó a Groos. El jorobado apareció casi al instante y él le ordenó preparar dormitorios para los tres huéspedes.

Ada, sumamente inquieta, murmuró:

—Sufro al pensar en mamá… Estarán desesperados ante nuestra desaparición… Papá es capaz de organizar a toda la gente del condado para rastrear nuestro paradero.

—Si hubiera teléfono aquí, podrías solucionar eso fácilmente… Pero me temo que pedir un teléfono en este lugar resulte absurdo.

Ruark dijo:

—Por supuesto, carecemos de teléfono. Ya les dije que nos instalamos a última hora de la tarde. No hemos tenido prácticamente tiempo de organizar nada y mucho menos solicitar un teléfono.

—¿Piensan vivir aquí de modo permanente? —indagó Verónica.

—Sólo algunas temporadas —se apresuró a replicar Mortley—. Períodos de descanso, ya saben. Los negocios en nuestro país son agotadores… arruinan la salud de un hombre en menos que canta un gallo.

Ruark hizo una mueca al oírlo. Desde luego, sus negocios solían agotar fácilmente…

Sobre todo si una bala policíaca se interponía en el camino de uno en pleno… «*negocio*».

Verónica volvió a tomar la iniciativa del diálogo.

—Supongo que junto con el castillo, habrán adquirido ustedes los cuadros de la galería…

—¿Cuadros?

—¿Qué cuadros? —graznó Ruark, asombrado.

—Siempre he oído contar que existe una colección de pinturas en el castillo. Viejos lienzos representando a personajes históricos en la rama de los condes de Longstreet.

—Pues no lo sé. Tal vez Groos pueda informamos por la mañana. El parece conocer este laberinto mucho mejor que nadie.

Los truenos seguían sucediéndose, rotundos, aunque más espaciados y lejanos.

No obstante, la lluvia continuaba implacable, atacando los

ventanales, desplomándose cual una catarata.

La noche no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO V

Estaban ya cada uno en su habitación.

Cada uno de los huéspedes, porque Mortley y Ruark se habían quedado abajo, fumando y comentando la insólita llegada de las dos mujeres y el hombre.

Ada Algren, junto al crepitante fuego de la chimenea que ardía en la habitación que le habían asignado, se despojó de las ropas empapadas, que colgó del respaldo de una silla, quedándose desnuda unos instantes. Él calor del fuego acarició su maravilloso cuerpo, produciéndole una sensación de vivificante placer.

Luego, corrió al lecho y se abrigó bajo las mantas.

A la luz de la pequeña lámpara que había dejado encendida, paseó la mirada por la sombría habitación. Se estremeció, porque los muros de piedra eran sobrecogedores, desnudos y rugosos. Las propias dimensiones del aposento le producían una sensación de agobio, haciendo que se sintiera infinitamente pequeña.

Además, notaba una desconocida inquietud. Sabía que estaba sola, que en esos muros monstruosamente gruesos y sólidos no podía haber indiscretas mirillas ni nada parecido. Sin embargo, era como si mil ojos estuvieran observándola, voraces, acechantes, obscenos.

Se reprochó estos absurdos sentimientos que con toda seguridad tenían su origen en la sucia leyenda que surgía de un remoto pasado de vileza y crueldad. No obstante, era la primera vez en su vida que penetraba entre las paredes malditas de la fortaleza, y a pesar de su clara y lógica inteligencia moderna, la oscura sombra del instinto y el temor mordían su espíritu con desconocidos temores ancestrales en el ser humano.

Tal vez si hubiese podido escuchar a los dos hombres que se quedaron en el salón de la planta baja, sus temores hubieran tenido

un fondo mucho más real y concreto.

Porque Ruark estaba diciendo con voz que temblaba de deseo:

—La quiero para mí, Mortley. Se ha metido en mi sangre, si es que puedes comprenderlo.

—¡Te partiré la cabeza si haces la menor tontería! ¿Entiendes, idiota? Esa gente pertenece a una familia influyente aquí. ¿Pretendes atraer sobre nosotros la atención de toda la policía del condado?

—¡Maldita sea, Harry! ¿Qué tiene que ver la policía con eso?

Mortley casi se llevó las manos a la cabeza.

—¡Y lo preguntas! —chilló, exasperado—. ¡Trata de violar a esa chica y tendremos que matarlos! ¿O crees que va a darte facilidades? ¿O que el tipo que la acompaña se quedará quieto? Me he fijado en ese Conrad… y es de los hombres que menos me han gustado nunca. Es peligroso y duro.

—Bueno, ¿y qué, si les damos el pasaporte después de todo? Tú puedes divertirte con la otra y luego tenemos el acantilado ahí detrás. Despeñamos el caballo también y si alguna vez les encuentran, creerán que todo fue un accidente, debido a la tormenta.

—Inténtalo y te pegaré un tiro —rechinó Mortley, fuera de sí—. Nos ha costado mucho hallar un sitio como éste. Y hay demasiado dinero en juego para arriesgarlo todo por culpa de tu retorcido cerebro tarado.

Unos golpes en la puerta les interrumpieron. Mortley se controló con dificultad y gruñó:

—¡Entre!

Groos entró con su chocante manera de andar.

—Están instalados en sus habitaciones, y tienen lumbre suficiente para toda la noche.

¿Van a acostarse ustedes otra vez, o traigo más leña?

—Nos acostaremos dentro de un rato. Oiga, Groos…

—¿Sí, señor?

—¿Conoce usted a esas mujeres y al hombre?

—A él, no. Pero he oído hablar de la joven Algren y su prima Verónica Olivier.

Pertenecen a una de las mejores familias de esta parte de Inglaterra. Los padres de la jovencita poseen grandes propiedades,

bosques y tierras de cultivo, ya saben. Antiguos propietarios rurales.

—Claro… ¿Qué hay de la galería de pintura? Ellos nos hablaron de los cuadros.

—Están en una sala de atrás… Sólo estuve una vez allí, porque siempre solía estar cerrada con llave. ¿Es que ustedes no la han visto?

—El vendedor ni siquiera la mencionó, que yo recuerde. Supongo que por la razón de que los cuadros no tienen ningún valor.

—Son cuadros familiares, de los personajes que alguna vez habitaron el castillo en la antigüedad.

—Antes de volver a su cuarto, Groos, quiero que nos lleve a esa galería.

—Como gusten.

Le siguieron a través del dédalo de pasillos, cortos tramos de escaleras y recovecos del laberinto que formaba el interior de la vieja fortaleza.

Al fin, Groos anunció:

—Está al final de este pasillo. Supongo que habrá la llave en la puerta…

Se interrumpió al ver que la puerta indicada estaba abierta de par en par. Encendió las luces y señaló los grandes lienzos que colgaban de los muros.

Eran cuadros oscuros, y aunque ninguno de ellos entendía una palabra de arte, se les antojaron vulgares y anodinos.

Representaban personajes de aspecto sombrío, engolados unos, armados otros, pero todos con un indefinible porte altanero, casi siniestro.

Incluso los que mostraban a mujeres de distintas épocas tenían un indefinible fondo muy poco atractivo.

—Todos fueron miembros de la familia del conde Longstreet, por lo que tengo oído —explicó el jorobado.

De pronto, Ruark dio un respingo y exclamó:

—¡Mira eso, Harry!

Éste se acercó a él y levantó la mirada hacia el cuadro que le señalaba.

Se quedó sin aliento, estupefacto, incrédulo.

—¡No es posible! —jadeó.

Groos trotó hasta ellos y también miró.

El cuadro representaba a una joven vestida con un complicado atuendo de la Edad Media, rebosante de bordados y encajes.

No obstante, el rostro bellísimo no era la primera vez que lo veía.

Era el rostro de Ada Algren.

—¿Qué diablos significa esto? —Barbotó Mortley—. Ese cuadro representa a esa chica…

Ruark gruñó:

—Hay gato encerrado, Harry. ¿Cómo puede ser que ella esté retratada en un cuadro que se supone pertenece a otra época?

—Maldito si lo sé, pero todo esto cada vez me gusta menos.

Groos miraba la pintura fascinado. El rostro pálido de óvalo perfecto, parecía mirarles desde la tela con ojos acusadores, cual si albergara algún resentimiento personal contra cada uno de los hombres que la admiraban, tan inquietos como asombrados.

—Esta pintura no puede ser antigua —exclamó Ruark de pronto —. Apuesto que alguien trata de pasarse de listo con nosotros… Le hicieron ese retrato hace poco y por alguna razón lo colgaron aquí, donde pudiésemos verlo después de haberla conocido a ella.

—¿Por qué alguien habría de tomarse tanto trabajo? —Gruñó Mortley—. No tiene sentido.

Ruark se volvió en redondo hacia el contrahecho Groos.

—Veamos, ¿tiene algo que ver esa muchacha con la leyenda que vuelve locos a los campesinos de por aquí?

—No lo sé, señor. Pudiera ser… Hay una placa metálica en cada marco, pero están demasiado altos para que yo pueda leer la inscripción. ¿Qué hay grabado en la de este cuadro?

Mortley se empinó sobre las puntas de los pies y acercando la cara al cuadro, leyó:

—Ana de Slewsey, 1449…

—¿Eso es todo, no hay la fecha de su muerte?

—No.

—¿Y en los demás cuadros?

Mortley los examinó. En todos ellos había, además del nombre del personaje, dos fechas, la del nacimiento y la de la muerte.

—¿Qué cree que significa, Groos? —rezongó.

—Entonces, no cabe duda de que forma parte de la leyenda,

señor. Fue la última doncella que el conde de Longstreet raptó y violó en su turbulenta vida.

—Por lo visto, los tipos importantes de aquella época eran muy aficionados a las faldas —cacareó Ruark—. Pero eso no explica por qué sólo hay la fecha de su nacimiento en ese cuadro.

Groos volvió a mirar el hechizante rostro de la maravillosa joven.

—Porque nadie sabe cuándo murió… Ni siquiera si murió realmente.

—¡Arrea! —Bufó Ruark—. A que va a resultar que esa chica que está durmiendo arriba, tiene más de quinientos años.

—Es sólo parte de la leyenda, señor. —Groos parecía molesto por la frivolidad con que los americanos encajaban sus palabras.

Mortley rió:

—Está bien, Groos, cuéntelo de una vez. Ya estoy intrigado con toda esa historia.

El jorobado les miró alternativamente con su única y refulgente pupila. No parecía muy dispuesto a complacerles, pero acabó por encogerse de hombros y murmuró:

—Muy bien, se lo explicaré. Supongo que si preguntasen en la aldea, alguien lo contaría también.

Mortley encendió un cigarrillo y se estremeció. La larga galería donde colgaban los lienzos era extremadamente fría y la lluvia arremetía contra los cristales de las múltiples ventanas ojivales que ocupaban todo un muro, oscuras y sombrías como ojos ciegos.

—El conde de Longstreet fue un gran guerrero en su época —empezó el jorobado—. Ganó importantes batallas y se granjeó el favor del rey hasta obtener de éste la donación de inmensas extensiones de tierra. Construyó este castillo y se rodeó de una hueste de feroces guerreros fieles y carentes de escrúpulos. Adquirió tanto poder que llegó un momento en que ni siquiera el rey se atrevió a poner freno a sus desmanes…

—Un tipo muy listo —comentó Ruark, con sarcasmo—. Pero hasta aquí, no veo qué tiene que ver con esa chica, ni nada siniestro como parece ser lo que atemoriza a las gentes.

—Lo malo vino después. El conde se endiosó de tal modo que no admitía freno alguno a sus ambiciones y apetencias. Atacó a otros nobles para apoderarse de sus tierras y castillos, raptó a sus mujeres

y las hizo suyas. Todas desaparecían después de sus noches de diabólicas orgías. No había una doncella segura en sus dominios, hasta el extremo de que las madres que tenían hijas de buen ver, las ocultaban en sus casas para que el conde no las viera, porque si eso sucedía, no tardaban sus esbirros en caer sobre la casa raptando a la muchacha, de la que nunca más volvía a saberse nada.

—El fulano no era ningún tonto —comentó Ruark, entre dientes.

Groos le miró fugazmente con su diabólica pupila y prosiguió:

—Sembró la desolación y el terror en cien millas a la redonda. Nadie era capaz de oponérsele. Disponía de las vidas y haciendas de cuantos pertenecían a sus dominios y se decía que estaba poseído por el demonio y que ningún poder de la tierra podía detenerle.

Hasta que un día descubrió a la hija de un noble que él había arruinado… Se llamaba Ana de Slewsey.

—Ajá, la fulana del cuadro —dijo Ruark.

Mortley le fulminó con la mirada ante su manera de expresarse que casi sobresaltó al jorobado.

Groos dijo con voz seca:

—No era ninguna fulana, señor, sino toda una dama. Extraordinariamente joven, era tan hermosa como nunca había habido otra parecida. Todo fue verla y perder la cabeza el conde. Pero aquella joven no era como las demás y él trató de ponerle cerco, asediándola a todas horas. La deseaba, pero no como a las otras. Pretendió incluso casarse con Ana de Slewsey, aunque ella siempre le rechazó.

—No es extraño, si tenía tan pésima fama —volvió a comentar Ruark, divertido.

—Su fama era de sangre, expolio, ultrajes e ignominia, ciertamente. Al fin, exasperado, ordenó asesinar al padre de la doncella y raptarla a ella, cosa que hicieron sus esbirros, trayéndola al castillo una noche de tormenta en que parecía que el infierno se había desatado sobre la tierra.

—Como ésta —rió Mortley entre dientes—. También es una nochecita que se las trae.

—Debió ser parecida —murmuró Groos—. Le llevaron la bellísima doncella y él la encerró en sus aposentos. Dice la leyenda que el conde superó todas sus anteriores crueldades y que oyeron gritar a la joven toda la noche con gritos desgarradores que

estremecían las piedras, pero que no estremecieron a aquellos sicarios sin conciencia.

Luego, antes del alba, todo cesó. Ella ya no gritó más.

—¡Qué noche la del condenado conde! —susurró Ruark, encandilado. Él comprendía mejor que los otros, porque en cierto modo, sus instintos hacia las mujeres eran muy parecidos.

—No fue una buena noche para él. No pudo poseerla —aclaró Groos.

—¿Cómo que no?

—La leyenda dice que ella sufrió increíbles ultrajes y crueldades por parte del conde, que ansiaba así vencer su entereza. Pero no lo consiguió… La hermosa doncella le maldijo, invocando todos los poderes del mal y luego quedó inerte.

—Muerta, ¿eh? —dijo Mortley.

—Dice la leyenda que nunca pudo saberse si murió o no. Su cuerpo jamás fue encontrado cuando las gentes que atacaron el castillo aquel amanecer lo invadieron, arrasándolo todo…

—¿Quiénes lo atacaron?

—Los aldeanos, los campesinos humillados y expoliados. La última hazaña del conde asesinando a la familia Slewsey, a quienes todos respetaban, colmó la medida. Hubo una revuelta, un levantamiento. La sangre corrió a torrentes, pero los esbirros que le custodiaban, fueron vencidos y el conde asesinado. Pero por más que buscaron el cuerpo de la joven doncella, nunca pudieron encontrarlo. Desde el momento de su muerte, sobre el conde y sus sicarios cayó la terrible maldición de Ana de Slewsey…

—Una maldición y todo, para que nada faltara —comentó Ruark.

—La maldición —añadió Groos, sombrío— le condenaba a no tener paz después de muerto. A que no encontrara descanso ni en el infierno y a que la tierra repudiara su cuerpo.

—¿Y qué dice esa leyenda que pasó con la hermosa doncella?

Groos clavó su pupila en Ruark. Éste sintió como si aquella mirada llameante le penetrara hasta el cerebro.

—No dice nada de eso, señor. Sólo que no pudieron encontrar su cuerpo.

—El conde debió enterrarla en alguna parte antes del asalto.

—No dispuso de tiempo… Ella estuvo gritando y maldiciéndole

casi hasta que los asaltantes atacaron el castillo.

—Bueno, ¿y eso es todo?

—Casi todo. El final es que el conde no encontró reposo ni después de su muerte, que la tierra le repudió y el infierno le condenó a no hallar descanso. Él y sus sicarios debían pagar así todos sus ultrajes, expolios, violaciones y crímenes.

—Y el cuento se ha acabado —recitó Mortley, decepcionado. Y añadió—: Creí que la cosa sería más interesante.

—¿Te parece poco, el lote que el dichoso conde se dio con tanta doncella a su disposición? Menudo pájaro.

—Todos aquellos tipos eran iguales —sentenció Mortley—. Lo que no comprendo es lo de ese cuadro representando a una chica que está ahí, viva y actual. Me gustaría saber dónde está el truco.

—Lo que a mí me gustaría de esa chica… —Ruark se interrumpió bruscamente ante la fulgurante mirada amenazadora de su socio.

Calló y apretó los labios. Groos murmuró:

—Creo que ahora aprovecharé lo que queda de noche para descansar. ¿Desean alguna otra cosa?

—Nada, Groos. Y gracias por su cuento.

—Bueno…

Le siguieron a lo largo de la galería.

Estaban a mitad de camino, cuando en alguna parte, resonó un terrorífico golpe.

Fue como un aldabonazo en una puerta. Pero en todo caso un aldabonazo descargado por la mano de un gigante.

Groos se detuvo en seco.

Mortley exclamó:

—¡Condenación!

Y echó a correr hacia la puerta. Ruark le siguió, intrigado, sin poder apartar de su cerebro la imagen turbadora de aquella mujer que parecía haberse introducido en cada gota de su sangre, en cada partícula de su cuerpo y en cada poro de su piel.

Capítulo VI

La herrumbrosa maza de guerra estaba clavada en la puerta y la madera se había astillado bajo el tremendo impacto.

Los dos hombres la miraron alelados. La bola claveteada, una bola de hierro grande como la cabeza de un niño hincada en la puerta, parecía fascinarles. De la bola colgaba la pesada cadena y la no menos pesada empuñadura también metálica.

La puerta, de gruesa y sólida madera que cerraba el salón comedor, se había astillado cual si fuera de endeble chapa.

—Si no lo veo, no lo creo —jadeó Mortley, estupefacto—. Eso debe ser cosa de ese fulano, aunque maldito si entiendo por qué lo hizo.

Sacó la pistola y echó a correr escaleras arriba.

Estaba a mitad de camino, cuando Ruark chilló:

—¡Harry, mira eso!

Se detuvo en seco. Vio aparecer a Groos, pero ni siquiera se preocupó de disimular la enorme automática que empuñaba.

Miraba incrédulo la armadura que parecía montar guardia a la puerta derecha de la escalinata.

La armadura que había empuñado la tremenda espada de dos filos.

Ahora, las manoplas pendían vacías. La espada había desaparecido.

—No creí que nadie pudiera manejar ese trasto —refunfuñó.

Dio media vuelta y acabó de subir las escaleras a saltos.

Arriba, se detuvo un instante pegado a la puerta de la habitación que habían asignado a Frank Conrad, Escuchó con todos sus sentidos tensos, pero no se oía el menor rumor al otro lado de la madera.

Probó el tirador y la puerta giró con un leve chirrido.

Por la rendija vio el interior tenuemente iluminado por el rojizo resplandor de las brasas de la chimenea. A su luz, distinguió al huésped plácidamente dormido en el enorme lecho.

Cautelosamente, Mortley penetró en la estancia con el revólver por delante, hasta llegar junto al durmiente. No podía ser que Conrad estuviera fingiendo, por lo menos eso le pareció.

Rápidamente recorrió el cuarto buscando la espada. Hubo de convencerse de que no estaba allí y, perplejo, estuvo tentado de despertar a Conrad y aclarar el asunto por la vía rápida.

Se controló con un duro esfuerzo y volvió a salir.

Allá abajo le esperaba su socio con una mirada perpleja en sus ojos oscuros.

Groos permanecía a un lado, tan asombrado que no atinaba a hablar.

—Está dormido —gruñó Mortley.

—Pero ¿no se llevó la espada?

—Por lo menos, no la tiene en su habitación. Te aseguro que duerme de verdad, no está disimulando.

—Entonces, ¿quién demonios se la llevó, y quién astilló la puerta con esa maza, o lo que sea? Recuerdo que estaba colgada en ese panel…

—¿Qué?

Groos, casi sin voz, murmuró:

—Panoplia, Estaba allí. Yo también la vi.

—Bueno, ahora alguien la ha utilizado para hacer polvo la puerta.

—Pero ¿quién? —Barbotó Ruark—. Porque no irás a pensar que ha sido alguna de las chicas. Mi siquiera podrían levantarla.

—No lo sé, pero hay algo muy raro en todo esto…

Enfundó la pistola y se dirigió a la puerta. Agarró la sólida empuñadura y tiró con todas sus fuerzas.

La maza hincada en la madera ni siquiera se movió.

—¡Maldita sea! ¿Cómo pudieron…? ¡Ayúdame, Johnny!

Ruark unió sus fuerzas a las de Mortley, tirando furiosamente de la férrea cadena.

Al fin, la bola de largos y agudos clavos se desprendió de la madera y cayó. Apenas pudieron sostenerla y Mortley la dejó caer sobre las losas de piedra del suelo.

—Bueno, todo esto ha de tener una explicación —rezongó, mirando a Groos acusadoramente.

El enano se encogió de hombros, con lo que su joroba pareció cobrar súbita vida independiente.

—Lo comprendo menos que ustedes —murmuró—. Empiezo a pensar que realmente hay algo misterioso en este lugar…

—¿Fantasmas? No diga simplezas.

—No sé lo que es. Y pensándolo bien, no quiero saberlo.

—¿Y qué piensa hacer, largarse a escape?

Fuera bramaba ahora el viento, que arrojaba la cortina de lluvia contra los ventanales con inusitada furia. De vez en cuando, los relámpagos cruzaban la oscuridad y los truenos estallaban como cañonazos.

No era un tiempo como para animar a nadie a abandonar el refugio del castillo.

Ruark gruñó:

—¿Estás seguro que el fulano de arriba estaba dormido?

—Completamente.

—Entonces, no existe más que una explicación sensata… Hay alguien más aquí, escondido en alguna parte. Alguien que quiere jugar al escondite.

—En cuanto amanezca registraremos hasta el último rincón. Y no sólo de este edificio, sino de esas ruinas que bordean la explanada. No me sorprendería que esto estuviera minado con pasadizos secretos, cuevas y cosas así.

—Allí sólo queda en pie la cripta —dijo Groos—. Nunca estuve en ella, pero he oído decir que es muy grande en su planta inferior…

—¿Quiere decir que hay un sótano también allí? —Ladró Mortley, súbitamente alerta.

—Claro…, es donde enterraban a los nobles del castillo cuando morían. Según la leyenda, allí fueron enterrados el conde y sus esbirros por los aldeanos. Después, nadie más fue sepultado en ese lugar, pero debe tratarse de una especie de catacumbas.

—¿Catacumbas? —jadeó Ruark.

—Un sótano. Puede tener comunicación con el de esta parte de la edificación. Habrá que comprobar esto, Johnny.

—Me gustaría que Luke estuviera aquí —refunfuñó el aludido.

Repentinamente, un chispazo pasó por la mirada de Mortley.

—¡Maldita sea! ¿No será cosa de él todo lo que está sucediendo?

—No digas estupideces. Luke no es aficionado a gastar ninguna clase de bromas.

—Nadie habla aquí de que se trate de una broma.

—Entonces, ¿adónde quieres ir a parar?

Mortley se volvió hacia el contrahecho sirviente.

—Vaya a acostarse, Groos. Ya le llamaremos por la mañana si necesitamos su ayuda.

—Muy bien.

Groos se fue sin más palabras.

Mortley masculló con voz contenida:

—Tal vez Luke ha tenido la idea de quedarse con el botín él solo… ¿No se te ha ocurrido que puede intentar eso?

—Confío en Luke.

—¡Con tres millones de dólares en danza, yo no confío ni en mi sombra!

—Pero, bueno, ¿cómo crees que habría podido entrar aquí? No ha estado jamás en el castillo, de modo que mal puede conocer pasos subterráneos y todo eso. Además, Luke no podría levantar esa maza ni en mil años… Es el tipo más enclenque que vi en mi vida.

—Alguien tuvo que hacerlo —gruñó Mortley obstinadamente.

Ruark se disponía a replicarle, cuando el alarido más salvaje, bestial e infrahumano que jamás imaginaran estalló sobre sus cabezas. Fue un aullido que les erizó el cabello y repercutió de modo estremecedor contra los muros, como multiplicándose, alargándose, pregonando un pavoroso terror, algo que ningún ser humano parecía ser capaz de emitir.

Los dos hombres dieron tal salto que Ruark casi se cayó de espaldas.

—¡Fue una mujer la que gritó! —rugió Mortley, precipitándose hacia las escaleras, otra vez con la pistola en la mano.

Ruark le siguió, brincando por los escalones completamente desbordado por los acontecimientos.

El grito se repitió, debilitado, jadeante. Luego reinó el silencio.

Al irrumpir en la galería superior, vieron salir a Frank Conrad de su cuarto, enfundándose los pantalones, con el torso y los pies desnudos.

—¡Verónica! —exclamó—. ¡Era su voz!

Los tres se precipitaron hacia la habitación de la escultural rubia.

La puerta estaba abierta de par en par.

Todos se detuvieron un instante, agolpados en el umbral.

Verónica yacía atravesada en el lecho. Su cuerpo desnudo parecía reflejar el resplandor de las brasas que aún quedaban en la chimenea, y de su garganta brotaba un hililllo de sangre.

Con una exclamación de angustia, Conrad se precipitó nacía ello. Los senos se agitaban violentamente, a impulsos de una respiración espasmódica. Todo el cuerpo parecía rígido como una tabla.

—¡Está viva! —exclamó.

Al inclinarse sobre ella descubrió las oscuras huellas sobre los hombros. Las miró espantado, porque tenían todo el aspecto de quemaduras, como si un hierro al rojo hubiera abrasado la piel.

Pero en cualquier caso debió ser un hierro con forma de garra, a juzgar por lo que estaba viendo.

—¡Verónica! ¿Puedes oírme? —jadeó.

Tras él, los dos pistoleros neoyorquinos miraban sin salir de su estupor. Los ojos de Ruark se enturbiaron peligrosamente al contemplar aquella soberbia belleza desnuda.

Como si presintiera aquella mirada obscena, Conrad atrapó la sábana de un zarpazo y cubrió el cuerpo hasta los hombros, mientras examinaba la herida del cuello.

Cuando se irguió estaba lívido.

—Parece increíble…

Mortley le apartó bruscamente y se inclinó a su vez.

Sintió que se le contraía el estómago. La herida sangraba un poco todavía… y parecía causada por unos dientes humanos que se hubieran hincado profundamente en la carne del costado izquierdo del mórbido cuello blanco.

—¿Quién diablos hizo eso? —balbució—. Es cosa de locos.

Frank Conrad se volvió hacia la puerta. Ada Algren estaba allí, sujetando la sábana en la que se había envuelto de los hombros a los pies.

—¡Frank! —exclamó—. ¿Qué le pasa a Verónica?

—Está herida… No creo que sea nada grave, pero mejor que

regreses a tu cuarto. Te veré allí en unos minutos. Por favor, Ada.

—Pero Verónica puede necesitarme… Iré a vestirme.

—¡Quédate en tu cuarto!

La voz de Conrad sonó brusca y seca. Ada le miró un instante, terriblemente inquieta. Ni siquiera advirtió la turbia mirada de Ruark, quien la imaginaba desnuda bajo la sábana y su sucia mente casi olvidaba lo que sucedía a su entorno, para concentrarse en ese pensamiento.

Al fin, la muchacha asintió con un gesto y se retiró.

Frank soltó un juramento y volvió a inclinarse sobre Verónica, comprobando que su pulso latía desordenadamente.

Tras él. Mortley gruñó:

—¿Qué piensa usted de todo esto, Conrad?

—Nada. No lo comprendo, simplemente. ¿No vieron a nadie al subir hacia aquí?

—En absoluto.

—Eso quiere decir que el miserable que ha cometido este atentado, debe hallarse aún en esta planta del castillo. ¿O hay otras escaleras que descienden abajo?

—No lo sé… Ya le dije que acabábamos de instalarnos cuando ustedes llegaron. No conozco aún este laberinto.

—Entonces, sería conveniente registrar esta planta. Usted tiene una pistola. ¿Me acompaña, o quiere prestármela?

—Iré con usted.

—Gracias. Usted… ¿Dijo que su nombre era Ruark?

Johnny Ruark asintió.

—Quédese aquí y vigile las dos habitaciones de las mujeres. Aunque no creo que el intruso intente nada más esta noche, sabiendo que ahora estamos advertidos y vigilantes.

—No me moveré de aquí —prometió Ruark.

Mortley le observó con el ceño fruncido. Estaba cada vez más preocupado.

—Vigilarás en el pasillo, Johnny. Debes tener una pistola en algún lado. Tráela. Y apresúrate.

Ruark pareció dispuesto a protestar. A él le gustaba más la idea de vigilar dentro del cuarto, donde aquel soberbio cuerpo blanco le fascinaba, aunque estuviera ahora cubierto por una sábana.

Luego, corrió a su cuarto y volvió con una automática semejante

a la de su compinche.

Conrad había entrado en la habitación de Ada y salió un minuto después, cerrando la puerta a sus espaldas, Esperó hasta que oyó girar la llave por la parte interior y luego hizo una seña a Mortley.

—Cuando quiera —dijo.

Los dos iniciaron el registro en el mismo pasillo, uno por cada lado. Las habitaciones vacías, fueron examinadas una a una. Frank Conrad parecía moverse en su propio elemento en esta clase de trabajo, y Ruark pensó que cada vez le gustaba menos la presencia de ese individuo.

Era demasiado resuelto.

Después, los dos hombres llegaron al final del pasillo y desaparecieron tras el recodo.

Ruark se quedó solo, acariciando su pesada «45» y pensando en las mujeres.

CAPÍTULO VII

No tardaron mucho en estar de regreso, desalentados por su fracaso.

Mortley comentó:

—El tipo se ha esfumado. Claro que hay otras escaleras atrás y pudo escapar por ahí.

Conrad entró en la habitación de Verónica.

La hermosa mujer continuaba inconsciente. La herida del cuello había dejado de sangrar y las extrañas quemaduras de los hombros mostraban un feo aspecto.

—No me gusta que siga inconsciente, después de tanto tiempo. No es normal —rezongó entre dientes—. Habría que curarla si disponen de un botiquín o algo así.

—Me temo que en ese aspecto estemos desmantelados. No trajimos nada de eso.

—Entonces, por favor, Mortley. Diga a ese sirviente suyo que caliente agua. Estaré en la habitación de Ada. Llámeme si ocurre algo.

Mortley asintió. Comenzaba a sentirse desbordado por los acontecimientos incomprensibles, y la energía de Conrad le llenaba de zozobra.

Cuando Frank hubo desaparecido en el cuarto de la bellísima muchacha, Johnny Ruark comentó:

—Quisiera saber quién es ese fulano, Harry. Cualquiera creería que se cree el amo del lugar.

—Sabe lo que hace en todo momento… Tampoco a mí me gusta, pero lo que sucede no tiene nada que ver con él. ¿Viste la herida del cuello de esa mujer?

Ruark dejó escapar un gruñido.

—Te aseguro que no perdí el tiempo mirándole el cuello…

—¡Idiota! Conrad se dio cuenta de tu manera de mirarlas… Y

ese tipo es peligroso, así que ándate con tiento. Esa herida fue causada por unos dientes…

—Vi que tenía algo en los hombros…

—Quemaduras. Más extraño todavía.

—Mientras no vuelva en sí, no sabremos quién la atacó —dijo Ruark entre dientes—. De modo que no vale la pena romperse los cascos por adelantado. Lo que me gustaría saber es por dónde entró el fulano…

—No lo sé. Debe haber pasadizos secretos en alguna parte, porque la puerta posterior estaba bien cerrada. Incluso la poterna de hierro de la cocina tenía echada la llave por dentro.

—Empiezo a pensar que alguien no nos quiere aquí, Harry.

—¿Quién, un fantasma?

—No digas idioteces. Mejor que llames a Groos. Hay que curar a esa mujer.

Mortley asintió y se fue hacia las escaleras. Tenía la sensación de que esa noche maldita no iba a terminar jamás…

* * *

Verónica tenía los ojos abiertos, fijos en algún punto del dosel que cubría su cama.

Por lo demás, estaba inmóvil y no habían podido arrancarle ni una palabra.

Después de curarla lo mejor que pudieron, Conrad y Ada trataron de que reaccionara.

Todo lo que consiguieron fue que abriera los ojos. Nada más.

—El terror la paralizó —murmuró Frank entre dientes—. El terrible *shock* la ha sumido en esta especie de letargo… Necesitamos un médico, y pronto.

—¿Saben si hay alguno en esa aldea que está cerca de aquí?

Conrad se volvió hacia Mortley, que era quien había formulado la pregunta.

—No lo hay, pero habrá un teléfono… Ustedes tienen un coche, ¿no es cierto?

—Seguro.

Miró a Ada y luego a Verónica.

La muchacha susurró:

—No nos dejes aquí, Frank.

—Verónica necesita auxilio cuanto antes. No me gusta nada su falta de reacción.

—Podríamos llevarla en el coche hasta Parlington —insinuó la muchacha.

Conrad titubeó. No se atrevía a trasladar a Verónica por los malos caminos de la montaña. Y tampoco le gustaba dejarla allí, a merced del extraño asaltante, o de los ojos obscenos de Ruark, cuyas intenciones no eran ningún secreto para nadie.

Mortley gruñó:

—Tan pronto amanezca, cualquiera de nosotros podrá conducir hasta ese lugar… ¿Parlington?

—Está como a diez millas. Además, podremos pedir ayuda a la policía de paso —dijo Conrad.

Los dos gangsters americanos estuvieron a punto de delatarse. Si había algo a lo que no estaban dispuestos por nada de este mundo era a meter a la policía en sus asuntos.

No obstante, Mortley asintió:

—Creo que será lo mejor —dijo tranquilamente—. Entre tanto, creo que a todos nos sentaría bien un poco de café… Llamaré a Groos.

Poco después estaban en la sala biblioteca saboreando un buen café, preparado por el jorobado. Groos parecía tan inquieto como el que más, aunque evitaba formular un solo comentario.

El destrozo de la puerta dejó estupefacto a Conrad, lo mismo que la misteriosa desaparición de la enorme espada que empuñara la armadura.

—Todo esto parece una pesadilla —gruñó—. Nada tiene explicación, por lo menos, una explicación lógica.

Mortley encendió un cigarrillo y dijo cautelosamente:

—Aún no sabe usted lo que hay en la galería de las pinturas, amigo.

—¿Otro misterio?

—¡Y de qué clase! ¿No han visto nunca esos cuadros?

Conrad y Ada negaron con un gesto, intrigados.

Mortley añadió:

—Todo lo que está sucediendo es tan extraño que me hace sospechar que alguien lo ha tramado muy bien… desde hace tiempo. Yo no entiendo una maldita palabra de pintura, pero esos

cuadros tienen años…, muchos años sin duda, incluso el que resulta más increíble.

—¿Le importaría que los viésemos?

—Precisamente iba a proponérselo. Vengan. Tú, Johnny, quédate aquí, o cerca de las escaleras, y sigue vigilando.

Ruark asintió y ellos se fueron hacia la galería de las pinturas.

Mortley encendió las luces y ni siquiera dirigió una mirada a los cuadros que llenaban los muros. Fue directamente al que quería mostrarles y gruñó:

—Vean éste…

Conrad contuvo el aliento, tan asombrado que fue incapaz de hablar.

Ada palideció hasta la raíz de los cabellos.

—¡Dios santo! —balbució—. ¡Soy yo…, es mi propia imagen!

Mortley dijo:

—Hace años que ese cuadro fue pintado. Y echen un vistazo a esa plaquita de metal…

Frank leyó:

—*Ana de Slewsey, 1449*… ¿Cómo es posible?

—Eso quisiera saber yo —masculló Mortley.

—¿Sabías tú algo de eso, Ada? —murmuró Frank.

Ella sacudió la cabeza.

—No…

—¿Te recuerda algo ese nombre, por lo menos?

—Oh, eso desde luego. Fue la doncella que provocó la muerte del conde de Longstreet… Forma parte de la siniestra leyenda de este lugar.

—¿Y por qué no hay la fecha de su muerte? En los demás cuadros constan las dos fechas; la del nacimiento y la de la muerte…

—No lo sé, Frank… Es increíble.

Conrad se acercó más al cuadro y lo examinó detalladamente, pasando los dedos por las rugosidades de la pintura, calibrando la diferencia de edad de aquella tela con las otras.

Cuando retrocedió estaba desconcertado.

—Ese cuadro tiene centenares de años, estoy seguro —dijo, con voz ronca—. Claro que sería preciso examinarlo con rayos X, y por algunos expertos. Pero no creo equivocarme al afirmar que es tan

antiguo como delata su fecha… Fue pintado en tiempos de esa joven…, hace quinientos años por lo menos.

Mortley le observó con suspicacia.

—¿Es usted experto en pintura, Conrad? —le espetó.

—Sólo aficionado.

—Ya veo…

Ada musitó:

—Señor Mortley, si Frank asegura que ese cuadro es antiguo, puede estar seguro de que no se equivoca… Durante años trabajó para una firma de subastadores de obras de arte, cuando era más joven.

—Bien, si eso es cierto, ¿qué explicación se les ocurre a este nuevo y extraño fenómeno? Porque la mujer retratada en el cuadro es usted, sin la menor duda.

No hubo respuesta alguna. Durante varios minutos, Conrad permaneció inmóvil, plantado ante la pintura. La belleza fascinante de la joven reproducida en la tela era sin la menor duda una exacta reproducción de la maravillosa belleza de Ada Algren.

Cuando se apartó dijo, encarándose con la muchacha:

—Ahora me gustaría que me contaras esa leyenda de que te negaste a hablar antes, querida. Tal vez en ella se encuentre la base de semejante misterio.

—Te lo contaré, pero no hay nada de eso. Es sólo una sucesión de hechos sucios, nauseabundos, cometidos por el conde de Longstreet y su mesnada de esbirros.

—No obstante, quisiera oírlo.

Ella asintió y le relató la vieja historia.

Mortley comprobó que apenas variaba en nada de la versión que él ya conocía por medio de Groos…

Y cuando la escuchara anteriormente, no sacó nada en limpio de la vieja leyenda. Nada de todo aquello tenía la menor relación con la presencia de aquel cuadro asombroso, ni mucho menos con la bellísima muchacha que parecía haber reencarnado a la vida después de más de quinientos años…

CAPÍTULO VIII

—Es como si estuviera muerta, sólo que respira —susurró Ada, más tarde al examinar una vez más a Verónica.

Frank Conrad pasó lentamente la mano por delante de los ojos abiertos y vidriosos de la mujer, sin que las pupilas reaccionaran lo más mínimo.

—No comprendo qué pudo ver para que le causara ese terrible impacto —comentó entre dientes.

—¿Crees que podremos llevárnosla de aquí, Frank?

—No lo sé… Apenas me atrevo a moverla, y menos a cargarla en un coche que habrá de dar tumbos por un mal camino embarrado…

Alguien llamó a la puerta y casi al instante, ésta se abrió.

Mortley asomó la cabeza.

—Va a amanecer de un momento a otro —anunció—. Hemos pensado que sería interesante registrar los alrededores con luz de día, hasta esa cripta, o lo que sea que hay al otro extremo de la explanada. Groos se quedará aquí, si usted quiere acompañarnos, Conrad.

Éste titubeó. Temía dejar solas a las mujeres, porque desconfiaba de la protección que el jorobado pudiera brindarles.

Quizá por eso, dijo:

—Pienso que sería mucho mejor que alguien condujera el coche hasta Parlington para traer un médico. Verónica sigue inconsciente todavía.

Mortley esbozó un gesto impaciente.

—Si es eso lo que cree usted mejor en las actuales circunstancias, yo mismo iré.

—Nunca podremos agradecérselo bastante, señor Mortley —susurró Ada.

Mortley se retiró, descendiendo las escaleras apresuradamente.

Abajo, Ruark esperaba impaciente.

—Bueno, ¿qué hacemos? —Gruñó.

—Están empeñados en ir a buscar al médico.

—Y a la policía, supongo.

—Eso es lo que piensan.

—¿Y qué te propones hacer?

Mortley rió entre dientes.

—Una avería en el coche solucionará el compromiso. Vete al cobertizo de ahí atrás y suelta al caballo. Espántalo para que se aleje. ¿Comprendes?

Un chispazo diabólico cruzó por las pupilas de Ruark.

—Ajá —murmuró—. No podrán largarse como no sea a pie. Y no se irán, dejando a la otra mujer inerte arriba. ¿Es eso?

—Exactamente.

—¡Estupendo!

Se separaron cada uno en direcciones distintas.

Groos se cruzó con Ruark a mitad de camino de las cocinas. El enano llevaba una bandeja con una cafetera y tazas y anunció casi sin detenerse:

—Lo han pedido hace un rato, señor.

—Bien, sírveles en la habitación. Arriba.

El jorobado asintió, y estaba subiendo la escalinata cuando oyó el rugido del motor del coche allá fuera.

El motor carraspeó, parándose un instante después.

Llegó arriba y llamó a la puerta de Conrad. Al no obtener respuesta, probó en la de Verónica y la voz de Frank, exclamó:

—¡Entre!

—Traje el café, señor.

—Gracias, Groos… ¿Qué pasa con ese coche, abajo?

—No lo sé, señor, parece que el señor Mortley encuentra dificultades para ponerlo en marcha.

Oían los insistentes intentos. El demarré giraba ruidosamente, sin que el motor respondiera.

Groos llenó las tazas de café y Ada vació la suya antes que nadie, nerviosa y agotada.

Conrad, atento al ruido del coche, apenas probó el suyo.

Finalmente, los intentos de poner en marcha el auto cesaron.

—Quizá la tormenta mojó la instalación eléctrica del coche —

rezongó entre dientes.

Mortley apareció poco después, evidentemente contrariado.

—No pude arrancar el motor —anunció de mal talante—. No comprendo qué le pasa, pero casi he agotado la batería sin conseguirlo.

—Ya lo oímos. ¿Cree que podrá arreglarlo?

—Lo intentaré tan pronto haya tomado algo caliente.

Dio un vistazo a la cara lívida de Verónica, a aquella expresión vacía y estremecedora de sus ojos y sacudió la cabeza.

—Les aseguro que nunca había visto nada igual —murmuró consternado—. Si por lo menos pudiera decirnos quién la atacó…

Groos llenó una taza de café para él, dio media vuelta y se fue.

En el vestíbulo, Ruark encendía un cigarrillo y le vio pasar sin formular ningún comentario.

Miró su reloj, y luego dio un vistazo a los ventanales de sucios cristales.

La luz del alba se insinuaba ya en ellos. Se estremeció de frío y luego fue a encerrarse en la sala-biblioteca, adonde se le unió Mortley minutos después.

—Están convencidos de que el coche está averiado y de que voy a intentar arreglarlo.

¿Qué hora es?

—La justa para vemos en un aprieto. Luke está a punto de llegar, a menos que se haya ahogado.

—Hay que ir a esperarle y ponerle en antecedentes de lo que ocurre… Si todo ha ido bien, la lancha atracará a las siete y media.

—A menos qué se haya retrasado…

—Si es así, esperaremos.

—¿No sospecharán algo si ven que hemos desaparecido de aquí?

—No necesitamos ir los dos al embarcadero. Ve tú, yo se supone que estoy intentando reparar el coche.

—Claro. Pero aún hay tiempo. Iré primero a la cocina a desayunar y luego bajaré a esperar a Luke.

—No te descuides. Él no conoce absolutamente nada de este lugar, excepto el embarcadero que yo le señalé en un mapa.

Ruark asintió y se fue en busca de su desayuno, mientras Mortley, dispuesto a continuar con su patraña, se dirigió al exterior para simular que arreglaba el auto.

Sólo que pronto se cansó de la comedia y volvió al interior, porque el viento que zumbaba en la explanada era helado y húmedo y se metía hasta los mismos huesos.

* * *

Luke Morrou, el tercer socio del grupo, no se retrasó, sino que debido a las prisas del patrón del buque que le había trasladado hasta una distancia de tres millas de la costa, llegó mucho antes de lo previsto.

Así, se encontró solo al pie del impresionante roquedal y se vio y se deseó para amarrar la motora en que había recorrido las tres últimas millas de su viaje.

Era un hombre de corta estatura, delgado, y que suplía su carencia de fuerza física con una inteligencia aguda y retorcida, que le había sacado de infinidad de apuros. Desolado, se estremeció bajo el azote del viento helado. Las salpicaduras de las olas le empaparon en escasos minutos y renegando contra sus socios, cargó con las dos maletas y saltó a tierra.

Todo el embarcadero se estremecía a cada embate del mar. Maldijo en voz alta y luego miró desconfiado los resbaladizos escalones labrados en la roca viva.

Empezó a subir cargado con las maletas. El alba apenas se insinuaba y a cada paso, corría el riesgo de despeñarse.

Cuando por fin llegó arriba, estaba sin aliento, empapado, con el frío que le atería los huesos y el cansancio aplastándole.

Dejó las maletas en el escalón y atisbo con cautela.

Vio una poterna de hierro abierta. Suspiró, y ya se disponía a continuar y entrar por ella, cuando vio aparecer una visión de pesadilla por aquel hueco.

El contrahecho enano era capaz de impresionar a cualquiera, visto en la penumbra. Y aquel rostro con un solo ojo, dejó a Luke Morrou tan estupefacto que por poco no se cayó escaleras abajo.

Estaba desconcertado, porque imaginaba que sólo sus dos compinches estarían en aquel lugar, esperándole. Presentarse ahora, si había extraños, era tanto como poner en peligro la última etapa del plan.

Así que esperó a que Groos desapareciera otra vez en el interior. Entonces cargó otra vez las dos valijas y encaramándose sobre el

borde del acantilado, miró en torno.

Necesitaba un lugar seguro donde ocultar las maletas hasta saber a qué atenerse respecto a las gentes que ocupaban el castillo.

Vio entre la brumosa claridad del alba un edificio solitario al otro lado de la explanada.

Decidiéndose, corrió hacia él, llevando consigo las dos valijas.

La puerta de la cripta era simplemente una reja de hierro medio rota. El interior se ofrecía oscuro y siniestro, pero ideal para lo que Luke necesitaba, de modo que entró resueltamente y se detuvo para recobrar el resuello.

Flotaba un silencio opresivo allí dentro. Diríase que hasta el viento se negaba a penetrar en el reino de los muertos, aullando fuera, pero sin atravesar la maltrecha reja.

Luke avanzó, cuidando de dónde ponía los pies. Así descubrió la escalera que se hundía en la tierra, formando un negro agujero.

No podía haber deseado nada mejor para ocultar las valijas.

De un bolsillo, extrajo una diminuta linterna eléctrica y encendiéndola, dirigió la delgada línea de luz hacia abajo. Las escaleras terminaban en un suelo de piedra, a corta distancia.

Atrapó las valijas y descendió los escalones. Una vez abajo, volvió a encender la linterna.

Vio que se hallaba en una extensísima cripta subterránea, poblada de sarcófagos de piedra, losas funerarias en el suelo cubriendo otras tantas tumbas, todo ello en pésimo estado de conservación.

Estaban resquebrajadas, partidas algunas, y el musgo se había adueñado de la mayoría, de tal modo que casi las cubría, invadiendo las profundas grietas que cuarteaban las losas funerarias.

Arriba, rozando el techo de la cripta, había un ventanuco alargado, por el que comenzaba a insinuarse la sucia claridad del alba.

Luke se dirigió a uno de los huecos del muro que contenía un enorme sarcófago de piedra y depositó las maletas detrás de éste.

Satisfecho, comprobó que quedaban perfectamente ocultas.

Entonces, oyó un seco crujido a sus espaldas y se volvió, sobresaltado.

Lo que vio, era tan increíble, que el pequeño pistolero pensó que

se había vuelto loco, o que estaba siendo víctima de una pesadilla sin nombre…

CAPÍTULO IX

Una de las enormes losas de piedra que cubrían una tumba funeraria del suelo acababa de agrietarse violentamente.

Luke no podía creerlo. Una fuerza inmensa parecía empujar la piedra desde abajo.

Parte de la piedra se resquebrajó, allí donde el musgo llenaba una grieta. Un oscuro hueco quedó a la vista y por el hueco surgió la visión de pesadilla que dejó al pistolero anonadado, incrédulo, mudo de terror.

Una mano humana apareció, tanteando la piedra. Era una mano convertida en garra. Sólo huesos y piel. Los dedos, cual garfios, terminaban en unas uñas largas, afiladas, semejantes a las de un felino.

La mano empujó la piedra. La piedra debía pesar centenares de libras, no obstante, se corrió a un lado con un golpe seco, rotundo.

Luke luchó desesperadamente para salir de su paralizante estupor. Llevó la mano a la axila y empuñó un barrigudo revólver de cañón corto.

La garra barrió la cortina de polvo y musgo que cegaban aún la gran abertura conseguida. Las terribles uñas, como una garra de tigre, chirriaron contra la roca.

Temblando, incapaz de aullar todo el terror que le poseía, Luke pugnó por levantar el cañón del revólver.

El resto de la losa funeraria cayó a un lado, impulsada por aquella garra de poder increíble.

En el mismo instante, otro crujido estalló un poco más allá, y después un tercero, y un cuarto, mientras las piedras se resquebrajaban como si de repente todo el reino de los muertos se hubiera convulsionado.

Luke emitió un sordo quejido. Sus pies parecían pesarle una

tonelada cada uno, cuando al fin consiguió moverlos y, paso a paso, retroceder.

Estaba a mitad de camino de la escalera, cuando la horrenda visión salida del infierno, apareció tras la descamada garra.

El cuerpo de gran estatura estaba cubierto por un peto de malla y casco con la celada alzada.

La abertura de la celada permitía ver parte del rostro… y éste era el de un cadáver en descomposición y que, por algún extraño sortilegio del diablo, esa descomposición se hubiera detenido a la mitad de su tarea destructora. Uno de los ojos había desaparecido roído ya por la podredumbre y no era más que una enorme oquedad negra y purulenta.

También parte de la cara era un amasijo blando y nauseabundo, lo mismo que la boca, en la que ya no quedaban labios, sino sólo revoltijos de carne amoratada, las encías al descubierto y los dientes amarillentos.

El único ojo del aparecido era casi fosforescente, con un poder de penetración espantoso. Luke sintió que le fallaban las piernas mientras el guerrero se erguía poco a poco, saliendo de su tumba. Sintió todo el fuego del infierno penetrarle en la médula cuando aquel ojo verdoso y diabólico se clavó en él.

Apenas advirtió que otras lápidas estaban cuarteándose, abriéndose, saltando en pedazos, y que otras garras primero, y otros seres después, tan horrendos como el primero, surgían a la vida.

Luke chilló al fin, liberando a gritos todo el pavor que le inundaba. También disparó. Lo hizo rápida y eficazmente. Era un buen pistolero en los círculos donde esa cualidad era apreciada debidamente.

Sus balas se incrustaron en la malla que cubría al guerrero, incluso uno de los proyectiles blindados penetró por la abertura de la celada y revolvió un poco más aquel revoltijo inmundo que era la carne… Vio cómo los dientes saltaban por el impacto, pero el guerrero no pareció advertir siquiera los golpes repetidos de las balas.

Estaba de pie, y fuera de su sarcófago enterrado. Miró a Luke con su única pupila y tras esto, avanzó paso a paso.

Más allá, otras horrendas criaturas semejantes emergían de sus sepulturas sin un rumor, como sombras fugaces. Únicamente los

crujidos de las piedras retumbaban en la bóveda.

Despavorido, Luke pudo desprenderse del terror paralizante lo justo para volverse hacia las escaleras. Dio un salto hacia los primeros escalones y allí se detuvo de nuevo, completamente hundido por el horror.

Porque frente a él, en los escalones, se alzaba otra visión horripilante.

Era un hombre, más alto si cabe que los aparecidos, vestido de un modo para él increíble. Cubierto por una armadura completa, enarbolaba una tremebunda espada de dos filos y le cerraba el paso con ella.

Poco a poco, el nuevo aparecido levantó la mano izquierda y alzó la celada de su casco.

El rostro corroído y putrefacto que apareció era incluso más espantable que el primero que Luke viera allá abajo. La oquedad negra que era la boca se movió como si el guerrero trata de hablar.

Pero en aquella negra caverna podrida no quedaba lengua, ni labios, sólo los dientes, amarillentos y afilados como los de un animal carnicero.

La luz creciente del día que penetraba por el alto ventanuco, permitía ver cada detalle, cada horrendo detalle de aquel monstruo cubierto de hierro.

Luke era incapaz de moverse. Con el vacío revólver en la mano, sólo deseaba morir para acabar con la espeluznante pesadilla de que estaba siendo víctima.

El guerrero levantó la enorme espada de dos filos, como si se tratara de una simple paja. Describió silbantes molinetes en el aire. Un solo golpe de aquella arma era capaz de decapitar a un hombre. Luke lo comprendió cuando el acero golpeó la pared de roca, y esquirlas de piedra y chispas saltaron en todas direcciones.

Y todo ello, en medio de un silencio imposible. Un silencio como era la primera vez que el pistolero percibía, un silencio que no pertenecía a este mundo, tan absoluto que dañaba incluso los oídos.

De sus dedos sin fuerza, resbaló el revólver y el golpe del arma contra los peldaños de piedra resonó estruendosamente dentro de su cráneo.

Por el rabillo del ojo vio que ahora ya eran varios los aparecidos detrás de él, y aún surgían otros de los sarcófagos del suelo.

Algunos llevaban sólo los jirones de blancas túnicas y sus cuerpos roídos por los gusanos era increíble que pudieran sostenerse de pie.

Al fin, el guerrero de la espada descendió peldaño a peldaño hacia Luke. La demencia trató de liberar la mente de éste del pavor infernal que le dominaba.

La espada se alzó. Luke la vio brillar súbitamente cuando el primer rayo de un sol frío y tibio penetró por el ventanuco hiriéndola como un chispazo.

El guerrero se detuvo. Hubo cierta agitación abajo, tras el pequeño pistolero.

La espada descendió despacio, como si de súbito le faltaran las fuerzas a la garra que la empuñaba. Luke dio un brinco de costado al creer que se proponía herirlo. Su espalda golpeó el muro y se quedó acurrucado allí, jadeando como un animal atrapado en una trampa, los ojos desorbitados, castañeteándole los dientes, bañado en sudor helado.

El guerrero descendió vacilante, pasó ante él como si no existiera y acabó de bajar los peldaños entre el seco crujir de su arnés de guerra.

La luz cada vez más intensa, permitió a Luke Morrou comprobar que aquellos horrendos monstruos no eran fruto de una pesadilla, sino que estaban allí, a corta distancia, reunidos en un compacto grupo en tomo al guerrero armado.

Todos los sentidos del pequeño rufián se dispararon entonces, enloquecido. De su garganta brotó una suerte de gruñido animal, expresión del terror sin nombre que le poseía. Sus cortas piernas se distendieron, impulsándose contra los muros, resbalando y cayendo y levantándose, hasta que llegó arriba dando tumbos.

Se desplomó cerca de la reja y gimoteando, continuó arrastrándose hacia la salida, desollándose manos y rodillas, chillando, aullando, hasta que en el exterior le azotó el viento, y la luz del sol frío que apenas podía abrirse paso entre la niebla le cobijó, y quedó hecho un ovillo en el suelo, sollozando, estremeciéndose, la cara pegada a las frías y húmedas piedras de la explanada.

CAPÍTULO X

Mortley miró una vez más su reloj de pulsera. Faltaban unos minutos para las siete y media. Pensaba en Luke, en los tres millones de dólares que éste traía, fruto de un golpe que había costado no pocas vidas humanas y mucha sangre.

Groos apareció procedente de las escaleras y él le llamó con un gesto.

—¿No hay novedad arriba? —indagó—. Esa mujer, ¿aún sigue inconsciente?

—No reacciona, señor. Sus amigos están muy preocupados.

—¿Les ha dicho que no pude arreglar el coche?

—Sí, señor. Y les sugerí que el señor Conrad podía utilizar el caballo para ir en busca de socorro… Pero el caballo ha desaparecido también. Debió soltarse y huyó, asustado por la tormenta de anoche.

—Sí que es un contratiempo —rezongó Mortley entre dientes—. Supongo que usted no habrá observado nada sospechoso…, relacionado con lo sucedido con esa mujer.

El enano sacudió la cabeza de un lado a otro y se retiró.

Casi al instante, llegó Johnny Ruark, y con sólo ver su torva expresión, Mortley comprendió que algo andaba mal.

—¿Qué pasa ahora, dónde está Luke?

—No lo sé.

—Quedamos que te quedarías en el embarcadero, esperándole.

—No tiene objeto esperarle. Ya llegó.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está entonces?

—No lo sé —repitió Johnny Ruark—. La motora está amarrada abajo. Es la que le ha traído sin duda, no puede ser de nadie más. Pero de Luke no vi el menor rastro.

Mortley no podía creerlo.

—¿Quieres decir que llegó y ha desaparecido?

—Ni más ni menos.

Estupefacto, durante unos instantes fue incapaz de hablar.

—Eso es absurdo. Si nos hubiera querido dar esquinazo no habría venido…, podía haberse largado con el botín mucho antes de emprender el viaje.

—No cabe duda que vino, Harry.

—Vamos. Quiero ver esa motora.

Salieron apresuradamente y ni siquiera atinaron a cerrar la puerta. El viento arremolinaba la espesa niebla que subía del mar como un inmenso sudario gris y sombrío.

Apenas sus pasos se hubieron perdido entre el zumbido del ventarrón, Luke Morrou apareció a trompicones, cayéndose aplastado por el horror vivido. Gimoteaba como un niño y hubo de apoyarse en el quicio del portón para sostenerse antes de entrar en el castillo.

Se sintió más seguro cuando los muros y el alto techo le cobijaron, pero al ver las dos armaduras al pie de la escalinata casi le derribó de espaldas, nuevamente sacudido por el pánico.

El espantable guerrero que viera enarbolando la espada era exacto… Sólo que aquellas armaduras estaban vacías y esa comprobación le tranquilizó.

—¡Harry! —boqueó—. ¡Johnny! ¿Dónde infiernos…?

Abrió un par de puertas, viendo las vacías estancias poco acogedoras.

Temblaba como un azogado cuando empezó a subir las escaleras.

Arriba vio incontables puertas cerradas. Estaba a punto de desplomarse y se apoyó en el muro de piedra. Luego, abrió una puerta, y después otra.

Habitaciones desiertas. Gimoteó, temiendo ver surgir aquellos monstruos en cualquier instante.

Abrió otra puerta y el hombre y la mujer se volvieron a mirarle estupefactos.

Luke casi lloró de alivio.

Eran humanos. Seres humanos, sólidos, normales, de carne y hueso.

Frank Conrad se levantó de un brinco al verle entrar a

trompicones…

—¿Qué le ocurre? —barbotó—. ¿Quién es usted?

—Luke…, me llamo Luke Morrou…

—Bien, pero…

La mirada demencial del pequeño pistolero cayó sobre la mujer tendida en la cama. Ni siquiera advirtió la sugestiva belleza de Ada, erguida a un lado. Vio a Verónica, inmóvil, la mirada desorbitada, perdida en algún punto más allá de la vida y de la muerte, y lo único que pensó fue que se trataba de un cadáver.

—¡Oh, no…!

Su voz se ahogó. Las pupilas desorbitadas giraron en las órbitas y se desplomó de bruces con un golpe sordo.

Ada dio un débil grito. Conrad le atrapó, levantándole en vilo y lo dejó sentado en un sillón de cuero.

Ada murmuró:

—¿Qué supones que le ha pasado?

—Me gustaría saberlo… Parecía horrorizado. Tiene las ropas empapadas y las manos en carne viva, como si se hubiera arrastrado o algo así… Y lleva una funda vacía en la axila.

Aquí todo el mundo utiliza armas de fuego, por lo visto.

Conrad fue hasta el pasillo y escuchó. No oyó ningún rumor en todo el castillo y regresó, cerrando la puerta.

—Veamos quién es ese individuo. Ya estoy harto de tantos misterios…

Registró a Luke, encontrando sólo un billetero con centenares de dólares, tabaco americano, un encendedor a gas y un manojo de llaves.

Ningún documento.

Con el ceño fruncido, gruñó:

—Apuesto que los otros tampoco tienen documentos. O si los tienen, se guardan bien de dejarlos ver. Extranjeros en Inglaterra y sin documentos… Eso sólo puede tener una explicación.

—¿Tú crees?

—Delincuentes americanos, fugitivos de la policía norteamericana. Casi lo juraría. La funda axilar de este individuo es de revólver… y la pistola que vimos en manos de Mortley era una «Colt» automática. Arma americana también. No suelen verse en Europa…, todo señala en la misma dirección.

—Pero aunque sean delincuentes americanos, con nosotros se han portado correctamente. Y no fue ninguno de ellos quien hizo eso a Verónica…

—Lo sé, y eso me desconcierta. Pero en cuanto a su corrección con nosotros, no te fíes, linda. He visto a ese Ruark cómo te mira, o cómo devora a Verónica con sus ojos turbios.

Es un tarado mental sin ninguna duda.

Ada se estremeció.

Luke empezó a rebullir. Conrad se inclinó sobre él y gruñó:

—¿Qué le pasó, cómo llegó hasta aquí?

El pequeño pistolero abrió los ojos. Dilatadas, sus pupilas parecían las de un loco, o de un drogado.

—Por…, por mar —balbució—. Los muertos…, todos aquellos muertos…

—¿Qué muertos, de qué está hablando?

Repentinamente Luke dio un respingo.

—¡Los vi! —jadeó—. ¡El hombre con la espada…, los otros saliendo de las tumbas…!

Ada sofocó un grito. Conrad se echó atrás, fastidiado.

—Ha perdido la razón, si es que la tuvo alguna vez —refunfuñó entre dientes—. Vete a tu cuarto, Ada. No sé cómo puede reaccionar un individuo en estas condiciones. Yo me las entenderé con él.

—Por favor…, no tardes, Conrad. Tengo mucho miedo.

—No tienes nada que temer mientras yo esté aquí. Espérame en tu habitación, por favor.

Ella salió silenciosamente. Luke bamboleaba la cabeza de un lado a otro, aturdido por su propio terror y desconcierto.

Conrad le espetó:

—¿Quiénes son ustedes, Mortley, Ruark y usted mismo?

—Americanos…

—Eso ya lo sé. ¿Gangsters?

Luke parpadeó. Le parecía absurdo que alguien perdiera el tiempo en esas minucias, cuando él acababa de vivir el mayor espanto que ningún ser humano hubiera suportado jamás.

—¿Qué importa eso, hombre? —balbució—. ¡Le digo que vi salir a los muertos de sus tumbas…! Podridos, corroídos por la putrefacción… y se levantaban… Le disparé a uno…, le acerté… todas las veces. Le metí una bala del «38» en los dientes y ni

siquiera parpadeó. Sólo vino hacia mí…

—¿Dónde dice usted que sucedió eso?

—En…, en ese cementerio…

—No hay ningún cementerio en estas cercanías.

—¿Qué?

Luke se irguió un poco en el sillón.

Conrad repitió:

—No hay ningún cementerio por aquí, estoy seguro.

—¡Pero yo estuve allí! Fui a… —se interrumpió repentinamente—. Estaban allí, saliendo de sus tumbas, en aquel sótano maldito.

—¿Sótano? —Conrad arrugó el ceño, perplejo—. ¿Se refiere a la cripta?

Luke se encogió de hombros.

—Era un sótano —insistió—. Es todo lo que sé.

—Vamos abajo. Sus amigos deben saber eso.

—¿Mortley y Ruark? Ya pensaba que me habían dado mal las instrucciones para llegar aquí. Hay que hacer algo con esos muertos, destruirlos de algún modo…, porque las maletas están allí.

Conrad asintió. Su mente era un caos, porque de todo aquello sólo sacaba en claro que tres pistoleros americanos se habían dado cita en ese rincón perdido de Inglaterra con algún fin inconfesable.

Descendieron a la planta baja en el instante en que Mortley y Ruark entraban cerrando la puerta.

Los dos dieron un respingo.

—¡Luke! —Barbotó Mortley—. ¿Dónde demonios…?

—¡Harry! Fue algo espantoso.

—¿Qué, la tormenta?

—No, no…, lo otro.

Ruark gruñó:

—¿Dónde dejaste el equipaje?

—De eso quiero hablarte…

Mortley miraba duramente a Conrad.

—¿Dónde lo encontró usted, Conrad? —indagó.

—Diga mejor que él nos encontró a nosotros, en la habitación de Verónica. Apareció allí horrorizado por algo y se desmayó.

—¿Quién, Luke? No lo creo.

—Es cierto, Harry —ratificó el pequeño rufián—. Fue tan espantoso que no pude soportarlo.

—¿Quieres decir que te desmayaste como una mujerzuela, tú?

—Sí, Harry.

—Tal vez también hablaste más de lo que debías…

—Habló de muertos saliendo de sus tumbas —dijo Frank suavemente.

—¿Quiere tomarnos el pelo usted ahora?

—Pregúntenle a él.

—¿Qué diablos estuviste hablando, Luke?

—De los muertos…, los vi… medio podridos, y sin embargo, vivos…, monstruos del infierno, Harry, no puedes comprender… y hay que destruirlos porque…, porque las maletas quedaron allí, ocultas.

Los dos pistoleros cambiaron una mirada. Luego, Mortley vigiló a Conrad, para sorprender cualquier reacción en éste.

De pronto, le soltó:

—Oiga, Conrad, ¿le dijo Luke qué contienen esas maletas?

—Ni una palabra.

—Sólo le dije que había que sacarlas de allí. ¿Quién es él, Harry? Yo creí que…, que era de los nuestros…

Mortley suspiró.

—Eso tenía que llegar tarde o temprano. Vamos al salón. Necesitas un trago, Luke. Y usted también, Conrad, entre ahí.

—Prefiero volver arriba. Verónica puede necesitarme.

Mortley sacudió la cabeza.

—No me ha entendido… Es una orden, Conrad.

La pistola apareció en su mano, apuntando al joven de modo firme e implacable.

Frank rechinó los dientes. Dio un vistazo a las escaleras, inquieto por las muchachas, pero ante la amenaza de la pistola, avanzó, entrando en el salón.

—Siéntese ahí, donde yo pueda verle —ordenó Mortley—. Y no se sienta héroe, por favor. Matarle no me gustaría, pero juro que lo haré, si me obliga.

—Le creo.

Se derrumbó en una butaca. Luke balbució:

—¿Qué está sucediendo aquí, Harry?

—Ahora hay cosas más importantes de qué hablar. Por ejemplo, esas maletas.

—¡Te digo que las oculté en el sótano! Y entonces empezaron a suceder cosas horribles…

—Más despacio. ¿De qué condenado sótano estás hablando?

Luke atrapó el vaso lleno de *whisky* que Ruark le ofrecía y lo vació de un trago, sin respirar.

Intentó poner un poco de orden a su alterado cerebro.

—Vi a un enano —balbució—. Me oculté y pensé que si había gente extraña, debía asegurarme. Vi esa cúpula…, ese edificio y me metí allí para esconder las maletas. ¡Condenación! Estaba lleno de tumbas, y empezaron a salir muertos, sucios podridos muertos…

Conrad, dijo con voz sin inflexiones:

—Se refiere a la cripta funeraria.

Ruark barbotó una obscenidad.

—¡Valiente escondrijo! —tronó—. Ya puedes ir allí y traer las maletas.

Luke dio un salto.

—¡Jamás! —chilló—. ¡No volvería a entrar allí ni que me fuera la vida en ello!

Mortley se encaró con Conrad.

—Usted no es ningún tonto, amigo. De algún modo ha comprendido el nudo de este asunto, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Eso es muy malo para usted.

—Cometan cualquier atrocidad aquí y se darán cuenta de que la policía inglesa es mucho más implacable que la americana.

—Eso no me preocupa lo más mínimo. A partir de este momento, no voy a perderle de vista ni un segundo, así que no haga las cosas más difíciles de lo que ya están. Usted nos acompañará a Luke y a mí a buscar ese… «*equipaje*», de modo que siga teniéndolo controlado. Ruark se quedará aquí y procura que las mujeres no alboroten —término, dirigiéndose a su socio.

Conrad se levantó, tenso.

—Escúcheme, Mortley…

—Ya oyó lo que dije.

—Tiene mi palabra de no crearle dificultades, a cambio de que las muchachas no sepan nada de todo esto ni sufran ningún daño. Y usted sabe a lo que me refiero, Mortley. Su compañero se ha formulado ya ideas concretas al respecto y usted lo sabe.

Mortley gruñó:

—Ruark se mantendrá apartado de ellas. Vamos.

Luke no se movió.

—Yo no voy, Harry.

—Pero ¿qué demonios te pasa, tienes miedo a la oscuridad o qué?

—¡Te juro que los vi!

—A los muertos…

—Sí.

Mortley sacudió la cabeza.

—Está bien; no comprendo qué te pasa, pero puedes quedarte aquí. Usted vendrá conmigo, Conrad, a fin de que pueda vigilarlo en todo momento. Veamos, Luke. ¿Dónde escondiste las maletas exactamente?

—Detrás de una caja de piedra que había en un hueco, en la pared…

—¿Caja de piedra? —barbotó Mortley, intrigado.

Conrad dijo:

—Sarcófago. Un sarcófago de piedra en una hornacina abierta.

—De acuerdo, Conrad. Vaya usted delante y recuerde que llevo una pistola amartillada.

Frank asintió y se dirigió a la puerta seguido por Mortley.

Luke suspiró, aliviado, porque había temido que Harry le obligara a acompañarles.

Ruark, por su parte, les vio desaparecer y sus turbios pensamientos volaron hacia el piso superior.

Hacia aquellas mujeres, ahora indefensas, tan hermosas como no había visto otras en su vida…

CAPÍTULO XI

Ada se apartó de la ventana de su habitación. Sentía en lo más profundo de su espíritu una vaga inquietud como nunca antes experimentara.

Más allá de los cristales, la niebla arremolinada por el viento cubría el roquedal y negaba la visión del mar a lo lejos. Era como si en el mundo no existiera más que aquella niebla y esas paredes que la rodeaban, oprimiéndola.

El sol había perdido la batalla entablada con la niebla y las nubes. Todo parecía sumido en una sombría luz grisácea que distorsionaba las perspectivas y difuminaba los objetos a corta distancia.

De pronto, le pareció como si dentro de la habitación se hubiese producido un ligero movimiento, cual si una leve ráfaga de aire hubiera penetrado por alguna rendija.

Se sobresaltó, volviéndose hacia la puerta. Pero la puerta estaba cerrada y ella estaba sola.

Sentada en el borde del lecho, notó una sorprendente debilidad en todos los miembros. Sin venir a cuento, recordó el asombroso cuadro representando a la bellísima Ana de Slewsey, aquella doncella valiente que había vivido siglos atrás…

Se estremecía cada vez que recordaba el increíble parecido con ella misma. Y fue en esos instantes cuando sus pensamientos evocaban aquella pintura, que le pareció verla reproducida contra uno de los muros.

Se quedó sin aliento. Sabía que era absurdo. Que no podía estar allí porque el cuadro seguía en la galería. Sin embargo, la visión se le antojó tan clara como si la doncella que cientos de años atrás provocara la destrucción del conde de Longstreet estuviera allí, no sólo reproducida, sino corpórea y viva, junto a la pared de piedra,

mirándola con sus ojos profundos y dulces, casi hipnóticos.

Debía tratarse de la fatiga que la vencía. El cansancio de las tensiones vividas, de las horas tensas y lo sucedido con Verónica. Un extraño agotamiento dé todos los miembros, de todos los sentidos.

De pronto supo que debía acudir junto a Verónica. Fue como una inspiración súbita que dominara todo otro pensamiento.

Se levantó sintiendo que sus piernas vacilaban, apenas sosteniéndola. La extraña debilidad no estaba sólo en sus miembros, sino también en su mente donde sólo parecía existir un propósito, una idea.

Salir de la habitación.

Caminó con pasos vacilantes, abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla. Luego, cual obedeciendo a una voluntad superior, entró en el cuarto donde yacía su inconsciente prima y cerró la puerta.

Sólo entonces pensó en Conrad y deseó que terminara pronto allá abajo y pudiera regresar a su lado para protegerlas.

Sólo que Frank Conrad ya no estaba allá abajo.

* * *

Johnny Ruark observó al asustado rufián y gruñó:

—Bebe otro trago, Luke. Pareces a punto de desmayarte otra vez.

—La verdad es que me siento muy mal. Si tú hubieses visto lo que yo…

Agarró la botella y no perdió tiempo llenando el vaso. Pegó el gollete a sus labios y sorbió ruidosamente.

Ruark se levantó nerviosamente.

—No te muevas de aquí, Luke —dijo—. Iré a dar un vistazo arriba.

—¿Quiénes son esas mujeres? Vi a la muerta cuando…

—No está muerta. Sólo perdió el conocimiento y no lo recobra. Si Mortley regresa antes de que yo baje, dile que fui a dar una vuelta de reconocimiento. ¿Entiendes?

Luke no entendía. Ni siquiera le prestaba atención, sumido en sus propias meditaciones.

De modo que Ruark abandonó el salón y subió rápidamente las escaleras.

Primero pegó el oído a la puerta que correspondía a la habitación de Ada. No sabía si la bellísima muchacha estaba en ese cuarto o en el de su prima.

Tanteó el tirador con extremado cuidado. Abrió la puerta lo justo para atisbar por la rendija y vio el interior sumido en penumbra, porque la niebla velaba la luz y, además, las cortinas estaban corridas.

Ruark contuvo el aliento porque ella estaba tendida en la cama. No obstante, sacó la pistola dispuesto a amenazarla y golpearla si era preciso, porque el fuego que le devoraba era incontenible y estaba decidido a no renunciar a poseer de una vez por todas tanta belleza como parecía ofrecérsele.

Acabó de deslizarse dentro y cerró cuidadosamente la puerta.

En la penumbra, ella ladeó la cabeza.

—Al fin… —musitó.

Ruark no supo qué decir. Notó que algo muy duro se aposentaba en su garganta ante aquel recibimiento que no había esperado.

—Ven.

La voz era como una caricia, igual que suave terciopelo.

Él dio unos pasos, torpe y sorprendido. Se encontró mirando al fondo de aquellos ojos fulgurantes que parecieron quemarle con su feroz llamada de pasión.

Con voz ronca, balbuceó:

—¿Me esperabas, acaso?

Por toda respuesta, ella tendió sus brazos desnudos. Ruark perdió por completo el control de sus reacciones. Se hundió entre los brazos que se enroscaron en torno a su cuello, y el contacto tibio del cuerpo femenino nubló incluso su razón.

Se miró un fugaz instante en las negras pupilas, profundas, hondas como un abismo sin fondo.

Luego, enloquecido, la besó.

Los labios de la muchacha eran gordezuelos, húmedos y fríos. Pero a él se le antojó que quemaban como una brasa al rojo, como si estuvieran ardiendo, lira como si ella estuviera hecha de fuego y de hielo, de llamas y de odio, de pasión y de indiferencia.

Desconcertado, y sin embargo hundido en el vértigo de aquella boca, Ruark trató de pensar en lo que había de insólito en la ardiente situación, pero su mente era un torbellino y no había nada

en este mundo capaz de arrancarle de la vorágine en que se hundía con el beso, y con la caricia de aquel cuerpo, y con el cepo de los brazos que le aprisionaban, y con el fuego de su aliento que parecía llenarle los pulmones hasta las mismas entrañas de su propio cuerpo.

Eran como llamas penetrándole, una sensación dolorosa y excitante a un tiempo, algo jamás experimentado ni soñado.

Se ahogaba y trató de apartar el rostro para respirar. Todo cuerpo ardía y repentinamente advirtió que un hedor a carroña le envolvía.

Espantado, quiso separarse, ahora violentamente. No pudo. Los brazos le ceñían como argollas de hierro. Y la boca que le besaba ya no era la que él mordiera en su delirio, sino una oquedad horrenda y podrida donde bailoteaban los dientes descarnados de un cráneo en descomposición.

Ruark lanzó un alarido y se debatió enloquecido. Sentía que todo él estaba envuelto en llamas, que el hedor se metía en su propio cuerpo como si ya estuviera también en pleno proceso de putrefacción…

En sus inútiles intentos de eludir el fatal destino logró apartar la cabeza lo suficiente para ver qué era lo que había estado besando. Y el horror y las náuseas le sacudieron, y cuando trató de ver los profundos y negros ojos, sólo encontró negras oquedades mostrándole el oscuro interior del cráneo en el que una sucia masa parecía agitarse.

Emitió tal alarido que le dolió en sus propios oídos.

Luego, la fuerza que le atraía se hizo más poderosa, más irresistible, y horrorizado se hundió vomitando en el reino de la muerte.

Capítulo XII

Más allá de la reja, el interior de la cripta parecía otro mundo, oscuro y siniestro. A su pesar, Mortley sintió que le dominaba una extraña aprensión.

—Adelante, Conrad, y no cometa ninguna estupidez.

—Le di mi palabra, siempre que ustedes respeten a las mujeres.

Entraron uno tras otro. Conrad miró en torno, curiosamente intrigado por lo que estaba viendo.

Tras él, Mortley gruñó:

—No es un lugar muy alegre, que digamos…, y ese idiota hubo de meterse aquí precisamente.

—Su socio habló de un sótano. La cripta debe estar más abajo, supongo yo.

—Espere… Tome esa linterna y alumbre el camino, Conrad. Espero que no tenga la absurda idea de que puede sorprenderme cegándome con la luz. No lo podría contar.

—Tiene usted la pistola en la mano. ¿Qué diablos teme de mí, cree que estoy loco?

Tomó la linterna y paseó el chorro de luz alrededor.

Así vio claramente los sarcófagos y mausoleos de piedra en los muros, el pequeño altar cubierto de moho y el inicio de los escalones.

Pero no fue hacia los escalones que se dirigió primero, sino hacia la pared.

Mortley rezongó:

—¿Qué diablos está haciendo? No hemos venido aquí como turistas.

—Un momento, fíjese en eso.

Señalaba una masa pétrea que formaba parte de un túmulo. En ella había una corta inscripción profundamente grabada, escrita con

extraños caracteres.

—¿Y qué con eso? —Barbotó el pistolero americano—. Vamos, no hay nadie capaz de descifrar este lío.

—Yo podría…

—¡Me importa un cuerno que pueda usted o no! Vamos abajo de una vez.

Conrad leyó dificultosamente:

«Sólo el hierro y el fuego… pueden destruir…».

—¡Conrad, maldita sea!

—Está bien, está bien.

Descendieron los escalones, alumbrándose con la linterna.

Frank dirigió la luz hacia el primer túmulo empotrado en la pared.

—Tal vez ahí —dijo.

—Mire si hay una maleta detrás.

—Hay dos —anunció, sacándolas—. Su socio no demostró mucha imaginación al ocultarlas.

—¡Conrad!

El alarido de Mortley le obligó a volverse en redondo.

Entonces los vio.

Inmóviles, capitaneados por el guerrero armado de espada, los horrendos espectros estaban allí, vigilándoles con sus cuencas carcomidas, roídas y purulentas.

—¡Dios bendito! —Musitó Conrad, incrédulo—. Era cierto…

Mortley retrocedió un paso y tiró del gatillo. Su enorme pistola retumbó en la bóveda como un cañonazo.

La bala abrió un limpio agujero en la armadura del guerrero.

Éste levantó la espada y avanzó.

Frank Conrad dio un salto hacia las escaleras.

—¡Huya, Mortley! —rugió—. ¡No son de este mundo, huya!

—¡Fantasmas o no, este 45 es capaz de derribar hasta un elefante!

Tiró del gatillo frenéticamente. Las balas resonaron al golpear el arnés de guerra, agujereándolo una y otra vez.

Conrad saltó los peldaños hacia arriba. Volvió un instante la mirada y vio relampaguear la espada. Hubo un golpe sordo y la cabeza de Mortley saltó por los aires limpiamente cercenada. Un torrente de sangre brotó del horrible amasijo del cuello, y el cuerpo

se derrumbó mientras la cabeza rebotaba contra la pared, para acabar estrellándose entre las dos maletas abandonadas en el suelo.

Frank no esperó más. Vio al guerrero pasar por encima del cuerpo de Mortley y avanzar hacia los escalones bajándose la celada, como si quisiera huir de la luz de la linterna.

Conrad se la arrojó salvajemente y echó a correr como un gamo.

Silenciosamente, la masa de espectros se pusieron en marcha a su vez. Lentos, implacables, escaleras arriba.

Conrad atravesó la explanada volando materialmente sobre sus pies, pensando sólo en las muchachas y en escapar del infierno en el que se habían metido de un modo tan impensado.

Entró en el castillo como una tromba. Luke dio un salto al verle aparecer.

—¡Seguro que usted también los vio! —cacareó el pequeño rufián.

—¡Sí, los vi! ¿Dónde está Ruark?

—Arriba.

—¡Maldito!

Echó a correr hacia las escaleras. Luke pensó por primera vez en que era muy raro que Conrad apareciera y Mortley no. Necesitaba un arma, una pistola, lo que fuera…

Se dirigió también hacia las escaleras, sólo que antes de llegar a ellas se detuvo como herido por un rayo.

Los espectros entraban en aquel momento. El guerrero delante, la coraza de su armadura salpicada de agujeros de bala.

—¡Oh, no!

Luke chilló pidiendo socorro. El guerrero avanzó y la enorme espada, describió un molinete en el aire y descendió semejante a una chispa de luz.

Luke se tiró de bruces instintivamente y el acero silbó sobre él sin herirle, yendo a chocar contra la más próxima de las armaduras.

Sonó un estruendo terrible y la armadura se fue al suelo bajo el terrorífico impacto.

Convertido en puro instinto, Luke reptó esquivando los avances del guerrero, enloquecido.

No advirtió el movimiento de los otros aparecidos. Sólo supo que de pronto estaba rodeado por todos ellos, que un bosque de garras se tendía sobre él.

Le atraparon y todo el dolor del mundo estalló dentro de él. Aulló como una bestia herida de muerte al sentir desgarrarse sus carnes. Afortunadamente para él, Luke era un hombrecillo débil y murió apenas iniciada la demoníaca orgía de sangre y salvajismo en la que el guerrero no tomó parte porque estaba ya ascendiendo las escaleras.

En la habitación de Verónica, Ada balbuceó:

—¡Estás delirando, Frank!

—¡Aprisa o será demasiado tarde!

Las llamas ardían en la chimenea. La muchacha había avivado el fuego instantes antes aterida de frío.

Conrad levantó el cuerpo de Verónica en brazos y se dirigió a la puerta.

—No te separes de mí. Hay que encontrar la salida trasera, si la hay, porque ellos estarán en la entrada principal.

—Se detuvo en seco al oír el seco crujir del arnés de guerra.

—¡Dios, demasiado tarde!

El guerrero apareció al final del pasillo. Una sólida masa en movimiento, como flotando en la penumbra.

—¡Corre, Ada! —chilló.

La muchacha miraba fascinada el lento avance del espectro. Incapaz de moverse.

Conrad hubo de empujarla brutalmente y él mismo retrocedió con su carga en brazos, sin perder de vista el guerrero.

Así recorrieron toda la longitud del pasillo, hasta el recodo.

Había una puerta al final del nuevo tramo. Una puerta sólidamente cerrada.

—Nos atrapará aquí —jadeó Conrad, desesperado por lo que iba a suceder con las muchachas—. ¿No puedes abrir esa puerta, Ada?

—¡Imposible!

El guerrero se detuvo ahora que estaban a su merced. Frank depositó a Verónica en el suelo suavemente y se irguió. Miró fugazmente a Ada y la vio horriblemente pálida y tensa.

—Déjame a mí.

Luchó con la puerta inútilmente. Era sólida como una plancha de hierro y no había llave en la cerradura.

De pronto, Ada apoyó su mano en el brazo de él y exclamó:

—¡Lucha con él, tienes que vencerle!

A través de la tela de su camisa, Conrad notó como sí la mano de la muchacha fuera de puro hielo.

—¿Luchar? —masculló—. ¿Con qué? No se puede aplastar a puñetazos una armadura de hierro.

Se asombró de la resolución que brillaba en los ojos de la bellísima Ada. Se le antojó incluso mucho más hermosa que nunca si eso fuera posible.

Ella levantó la cabeza y sólo dijo:

—¡Mira!

Él también levantó la mirada. En el muro colgaba una panoplia con distintas armas medievales.

—¿Quién te crees que soy para manejar esos hierros? —masculló, desalentado—. Ni siquiera…

—¡Lucha por mí! Leíste la leyenda grabada en la tumba… ¡Lucha, ya viene!

—¿Qué leyenda? ¡Dios! ¿Cómo puedes saberlo?

—Sólo el hierro y el fuego pueden destruir al fuego y el hierro del infierno.

—¡Tú… tú sabes…!

—El procede del infierno. ¡Destrúyelo!

Conrad no comprendía nada. Ada estaba junto a él erguida, sin ningún temor aparente, hablándole de un modo como no lo hiciera jamás.

El crujido del arnés le devolvió a la realidad. El guerrero avanzaba, ya muy próximo.

De un salto, Conrad estuvo junto a la panoplia y frenético desprendió una espada semejante a la del aparecido. Sólo arrancarla y supo que jamás podría manejarla.

Sólo que sí pudo. Su mano se cerró en torno a la enorme empuñadura con absoluta naturalidad.

Levantó el acero, estupefacto. Aquello era inaudito, imposible, una pesadilla sin nombre.

Tras él, la voz susurrante de Ada dijo:

—Él me quiere a mí… Sólo si le destruyes seré libre para el resto de la eternidad y él se hundirá en el infierno eternamente…

—Pero tú sabes…

—¡Es el conde de Longstreet!

Una fuerza nueva pareció penetrarle. Plantó los pies en el centro

del pasillo y se enfrentó al aparecido.

—Que Dios me ayude —murmuró—. Escapa si tienes oportunidad de hacerlo cuando él me ataque.

Del yelmo cerrado del conde surgió una suerte de feroz gorgoteo. Luego, levantando la espada, atacó.

Conrad paró el terrorífico golpe con su acero y el impacto le obligó a retroceder contra la puerta.

Devolvió el mandoble ferozmente y el acero esta vez chocó con la armadura. Fue un golpe tremendo que le repercutió a lo largo del brazo hasta estallar dolorosamente en su hombro. La armadura se abolló sin que el guerrero acusara el impacto, antes bien, lo devolvió mediante un hábil molinete destinado a cortarle la cabeza como a Mortley.

Conrad esquivó a duras penas y aprovechó el fugaz instante en que el guerrero estuvo desequilibrado por la inercia del golpe fallido para lanzarle otro salvaje golpe, esta vez al yelmo.

Sonó como una campana, tan duro que la celada saltó por los aires arrancada de sus bisagras.

El horrendo rostro del conde apareció entonces ante sus ojos y el pavor casi le paralizó.

De nuevo se cruzaron los aceros, una y otra vez, con golpes feroces que resonaban estruendosamente. El sudor inundaba el cuerpo de Conrad, a pesar de que su brazo seguía disponiendo de una fuerza como jamás creyera poseer.

Paró un tajo escalofriante y el impacto le hizo trastabillar hasta encontrar la puerta a sus espaldas. Se apoyó en ella jadeando y el guerrero no le concedió cuartel esta vez. Le lanzó otro mandoble que le habría partido por la mitad en caso de acertarle. Sólo que esquivó por una pulgada y la enorme espada astilló la madera como si hubiera sido simple papel, atravesándola.

El conde luchó por conservar el equilibrio y retroceder a tiempo. Conrad descargó un golpe feroz, rechinando los dientes. Acertó en un lado del yelmo y la cabeza osciló violentamente, y esta vez el guerrero salió trompicado hasta la pared.

Conrad advirtió que Ada se deslizaba pegada, al lado contrario y corría después hacia la habitación.

Suspiró. Ella aún tenía una oportunidad.

El conde emitió aquella suerte de gorgoteo estremecedor y más

enfurecido que nunca atacó con veloces y repetidos golpes. Conrad hubo de dedicar toda su atención y sus fuerzas a parar los golpes, a esquivar y, pensar en que había llegado su última hora.

Un golpe terrible le hizo caer de espaldas, aferrado aún a la espada. Vio cómo el espectro levantaba la suya.

En el mismo instante, los restos carcomidos de la cara del aparecido quedaron frente a los inmóviles ojos de Verónica, tendida a un lado.

Fue como si la recorriera una corriente eléctrica. Dio un salto, chillando igual que loca y señalando la pavorosa aparición.

—¡Es él…, él me atacó… en el lecho…!

—¡Apártate!

El conde detuvo la espada en el aire y se quedó mirando un segundo a Verónica. Luego, su acero descendió como un rayo sobre ella…

Conrad no pudo contener un alarido cuando sonó el chasquido de los huesos aplastados. Enloquecido, lleno de furor, saltó de pie y embistió.

Su espada atravesó las mallas que protegían el cuello del conde. Se hundió allí blandamente y el espectro trastabilló, retrocediendo.

El cadáver de Verónica chocó contra el suelo, inundándolo de sangre. Conrad ya no razonaba. Era puro instinto destructor.

Avanzó en pos del aparecido, cuya espada no parecía ya tan ágil.

Entonces, Ada apareció en la puerta de la habitación enarbolando un leño encendido convertido en antorcha.

—¡Enciérrate ahí, insensata! —rugió Frank.

El conde ladeó la cabeza. La muchacha extendió el brazo y las llamas del leño casi penetraron en el yelmo abollado del guerrero.

Éste se apartó velozmente, espantado, y retrocedió hacia el final del pasillo.

Atónito, Conrad se precipitó hacia él. Vio danzar el fuego entre él y el guerrero que ya sólo parecía dispuesto a esquivar aquella llameante amenaza.

Está vez midió el golpe rechinando los dientes. Levantó la espada tomando impulso, y cuando saltó hacia adelante, descargó todo su furor, toda su ira con el golpe.

El filo del arma pegó contra un costado de las mallas del cuello. Las atravesó y el yelmo y la cabeza salieron volando,

desapareciendo escaleras abajo rebotando en los escalones.

En el mismo instante, la antorcha ardiendo cayó sobre el hueco del cuello de la armadura.

Fue como si hubiera caído dentro de un barril de pólvora.

Broto una gran llamarada verdosa y un hedor espantoso, horrible, llenó todo el pasillo mientras el guerrero caía hacia atrás. Se oyó un sordo chisporroteo en el interior del hierro mientras rebotaba escaleras abajo.

El hedor casi le venció, más eficazmente que los golpes. No obstante, Conrad se asomó por la balaustrada a tiempo de ver la armadura estrellarse abajo con un impacto tremendo.

La armadura se desarmó, desparramándose, mientras de su interior brotaba una densa humareda oscura y nauseabunda que, igual que empujada por un viento del infierno, envolvió a los espectros que aguardaban quietos, alrededor de los despojos de Luke Morrou.

Conrad retrocedió ahogándose de náuseas. La espada en su mano pesó repentinamente como si fuera de plomo. Incapaz de sostenerla hubo de dejarla caer al suelo, estupefacto porque hasta entonces había parecido muy capaz de manejarla.

Cuando volvió a mirar por encima de la baranda, en el vestíbulo no quedaban más que las dos armaduras desmenuzadas, y el no menos desmenuzado cadáver del pequeño pistolero americano que había ido a morir a ese rincón perdido de la vieja Inglaterra.

—¡Ada! —jadeó, retrocediendo.

La bellísima muchacha estaba caída en el suelo de la habitación, inconsciente.

Él la levantó en vilo, llevándola a la cama donde la tendió.

—¡Ada! ¿Me oyes? ¡Ya pasó, no tienes nada que temer!

Ella parpadeó. Sus miradas se encontraron.

—Frank, esa cosa…

—Se acabó. Tú me ayudaste.

—¿Yo?

—Nunca pensé que tuvieses tanto valor. Pero habrás de explicarme cómo sabías de la existencia de la leyenda grabada en la piedra, y cómo se te ocurrió utilizar el fuego para vencer a ese demonio.

—¿Qué leyenda? ¡Por Dios, Frank, no te comprendo!

Él contuvo el aliento.

—De modo que no sabes…

—Ni siquiera sé de qué me estás hablando…, me desmayé y ya no recuerdo nada más. ¿Qué es eso del fuego y de una leyenda?

—Espera que lo piense. Tú dijiste que luchara por ti, que si destruía al conde…

—¿Qué conde?

—¡Cielos! Entonces no eras tú.

Repentinamente, la muchacha le rodeó el cuello con los brazos, ocultando la cara en su hombro.

—Sácanos de aquí, Frank, de esta pesadilla…

Él luchaba por salir del estupor, del aturdimiento. Creía comprender, pero era algo tan increíble que no. Pero también era increíble que hubiera luchado a espada con el conde de Longstreet.

—Ana de Slewsey —musitó—. Ahora… ahora descansará en paz por toda la eternidad.

—¿Qué dices?

—Nada. Olvídalo. Ya pasó.

No sabía cómo decirle lo sucedido con Verónica, para ganar tiempo, aplastó la boca de la muchacha bajo sus labios y sin ninguna duda ganó muchísimo tiempo.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.